SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

LAS FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
L. T. BORRAS

N.º de la procedencia
2413.

JULIA CARRERA
5 - FEB. 1902
TEATRO-EMPRESA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1901

A la eminente actriz Sra. Rivera.

S. Alvarez Quintero

J. Alvarez Quintero

1902.

LAS FLORES

BIBLIOTECA

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LAS FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 4 de Diciembre de 1901

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—

1902

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lasflorescomedia00lvar

A LA SEÑORA

D.ª Candelaria Quintero

de Alvarez Hazañas

Sus hijos

Serafín y Joaquín.

721423

La poesía no tiene dentro ni fuera, fondo ni superficie; toda es transparencia, luz increada y que penetra al través de todo...

CLARÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA JESÚS	Sra. Rodríguez.
CONSUELO	Pino.
ROSA MARÍA	Srta. Catalá.
ÁNGELES	Bremón.
CHARITO	Sampedro.
JULIANA	Sra. García.
SALUD (niña)	Mariquita Santiago.
UNA CHIQUILLA	Srta. Santiago (T.)
VICENTA	Muñoz.
BERNARDO	Sr. Morano.
GABRIEL	Tallaví.
EL ABUELO	Vallés.
JUAN ANTONIO	Mendiguchía.
BARRENA	Rubio.
ROMÁN	Mora.
ROMANCILLO	Mata
MANUEL (niño)	Paquito Mora.
UN MOZO DEL HUERTO	Mata.

JULIA CIRERA
5 - FEB. 1902
TEATRO EMPRESA

ACTO PRIMERO

Huerto sevillano. A la derecha del actor el portalón de entrada, abierto en una tapia rematada por caprichosas almenillas. En ángulo recto con ella, la vivienda de la gente del huerto, que es de un solo piso, y á la cual cubre un tejadillo en declive hacia el centro de la escena. De esta vivienda se ven dos fachadas: una lateral, de frente al público, y otra principal, de frente á la izquierda del escenario, y que se prolonga hasta el tercer término. En la fachada de frente al público hay una puerta y una ventana con reja, y entre ambas un poyete. Orlando la puerta, una enredadera de campanillas blancas y azules. Sobre el poyete un grupo de macetas de geranios en flor. Las paredes todas, blancas como las campanillas, y todas con zócalo, azul como las campanillas también. En la fachada principal hay una puerta y dos ó tres ventanas sin reja, desiguales; y en los huecos, cubriendo materialmente la pared, las ramas de varios jazmines que se erían adheridos al muro. Delante de la puerta que da frente al público, un par de sillas bastas y muy viejas, y una mesa chica de pino.

Por la izquierda del actor y por el fondo extiende el huerto su lozana verdura, que cruzan y dividen caprichosas veredas. Algunos melocotoneros y perales se yerguen sobre todo; forma la parte más compacta y brillante del fondo un buen golpe de naranjos cuajados de azahar, y aquí y allí destácanse, cada cual con sus galas mejores, la magnolia, la celinda, el granado, la adelfa, los rosales y las malvalocas. Las lindes de algunas veredas las señalan y forman apretadas filas de macetas de reseda, geranios, verbenas, rosas y claveles

Cubriendo el huerto todo, el cielo alegre y limpio de la primavera.

Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

El ABUELO y un MOZO del huerto; después una CHIQUILLA

(El Abuelo sentado á la puerta del huerto, con sombrero ancho y en mangas de camisa. Es un viejo de ochenta años, muy colorado y con el pelo blanco como la nieve.)

MOZO (Cantando, dentro, hacia la izquierda.)

A la fló de la violeta
regüerta con er jazmín,
á eso me güele tu cuerpo
cuando te asercas á mí.

(Cruzando hacia la derecha del foro, por donde se va, con una regadera llena de agua.)

Tiene mi serrana
la cara como una rosa
cuando dispierta por la mañana-

CHIQ. (Sale por la puerta principal de la casa y se encamina á la del huerto. Lleva la trenza suelta, y viste trajecillo de percal rosa y mantón claro de espuma, puesto en forma de chal.) Hasta er domingo, y que no farte.

ABUELO (Deteniéndola, al tiempo de irse.) ¿Ande vas, chiquiya?

CHIQ. A mi casa.

ABUELO ¿Y de ande vienes?

CHIQ. De encargarle á su hija de usté dos ramos pa un bautiso.

ABUELO ¿Cómo le van á poné á la criatura?

CHIQ. Anita Troncoso y Oliva.

ABUELO ¿Te toca á tí argo?

CHIQ. Sí, señó; si no peleo con mi novio será mi cuñá.

ABUELO ¿Y tú cómo te yamas?

CHIQ ¿Yo? Isabé.

ABUELO ¿Cuántos años tienes?

CHIQ. Dose

ABUELO ¿Dose? Te fartan tres.

CHIQ. Por más que ya se pué desí que tengo trese. Los cumplo en Junio y estamos en Mayo...

ABUELO ¿Trese? Entonses no te fartan más que dos.

CHIQ. Pero dos ¿pa qué?

ABUELO Pa tené quinse, tonta.

CHIQ. (Marchándose.) ¡Ay, er viejo!

ABUELO ¡Oye!

CHIQ. Estoy sorda. Pregunta usté más que la dortrina.

ABUELO (Viéndola ir.)

Capuyito, capuyito,
ya te vas gorviendo rosa;
ya te va yegando er tiempo
de desirte arguna cosa.

ESCENA II

El ABUELO y MARÍA JESÚS, luego JULIANA

ABUELO Flores... toas son flores... La que no es jazmín es clavé; la que no es clavé es asusena; la que no es asusena es rosa; la que no es rosa es campaniya... Toas son flores... de ahí no hay quien me saque.

(Sale María Jesús de la casa, por la puerta de frente al público, con una cazuela de berza que partir y arreglar, y se sienta á ello. Es mujer de unos cincuenta y tantos años. Viste un traje de faena remendado y pobre, pero limpio.)

M. JESÚS Diga usté, padre: ¿usté ha tomao un encargo que ha venío hase poco?

ABUELO Yo no: lo tomó Consuelo.

M. JESÚS ¿Pa dónde era?

ABUELO Me paese que era pa er convento de la Encarnasión... ó pa er convento der Socorro... ó pa er convento de... Güeno, pa un convento.

M. JESÚS Pa este de aquí abajo sería.

ABUELO Eso es, sí; pa este de aquí abajo.

M. JESÚS ¿Y no ha venío nadie más?

ABUELO Juaniyo er de la Plasa, por jazmines.

M. JESÚS Ya podía pagá lo que debe Juaniyo er de la Plasa. En comiendo eyos, que coma una ó no coma les tiene sin cuidao.

ABUELO No te quejes, mujé; que nunca se ha vendío en este güerto más que ahora.

M. JESÚS Señá de que lo hay.

ABUELO Como que cresen flores hasta en la arberca.

M. JESÚS Su trabajo les ha costao á mis hijas.

ABUELO Y á tí también, no ersageremos. Y no digo que á mí, porque no me gusta echarme piropos.

(Llega de la calle Juliana, comadre de María Jesús y mujer de sus años, en lo cual es en lo único que se parecen. Viste á lo popular, pero con cierto lujo y con mal gusto.)

M. JESÚS (Contrariada al verla.) (¡Vaya! Ahora vamos á tené visita diaria.)

JUL. Dios guarde á ustedes.

ABUELO Venga usté con Dios. (Pausa. Juliana se abanica.)

JUL. Media Seviya he correteao...

M. JESÚS (Pos no le digo que se siente.) (Nueva pausa.)

JUL. ¿Qué hay por aquí?

M. JESÚS Lo de tos los días: mucha tranquilidá, mucho trabajo... y mu pocas ganas de conversasión. (Y menos con lagartonas como tú.)

JUL. Yo voy á hablá mu poco.

M. JESÚS Yo no lo he dicho por usté.

JUL. ¿Y las niñas?

M. JESÚS Por ayá dentro andan.

JUL. Les quería enseñá un corte e blusa que le ha regalao su novio á mi Dolores...

ABUELO (Riéndose.) (¡Su novio! ¡Pf...!) ¿Es de raso?

JUL. Es de sea.

M. JESÚS Pos no lo deslíe usté, comadre. No nos vayamos á enamorá de la sea... Ya sabe usté que acá semos pobres, y no podemos vestirnos más que de percá.

JUL. Comadre, no se eche usté por tierra, que yo no vengo á pedirle á usté dinero.

M. JESÚS Ya me hago cargo. Usté tiene to lo que nesesita.

JUL. Grasias á Dios, hija de mi arma. Nos cayó la veta, comadre. En güena hora lo diga, pero ni á mis hijas ni á mí nos farta na.

ABUELO Eso cree usté, señora.

JUL. Miste qué peina. Tómela usté en peso.

M. JESÚS ¿Yo, pa qué?

JUL. ¿No le gustaría á usté vérsela puesta á su Consueliyo?

M. JESÚS Se engaña usté en más e la mitá, comadre.

JUL. ¿Es orguyo eso?

M. JESÚS Eso es comodidá. Como pesa tanto, la que se la clava en er moño tiene que bajá la cabesa pa er suelo, y á mi Consueliyo y á toas mis niñas siempre las verá usté con la frente mu arta.

ABUELO (¡Arsa con esa, repulía!)

JUL. (Abanicándose, hecha una pólvora.) ¿Sabe usté lo que le digo, comadre?

M. JESÚS Comadre, usté dirá.

JUL. Que habla usté mucho de la frente e las niñas, y que de tanto mirá pa er sielo se van á queá siegas, y que tiene usté toavía cuatro mositas, y que en este mundo cae luego ensima to lo que se mormura, y que no es menesté fartarle á nadie pa sé ca una como Dios la haya hecho... y que en esta *pajolera* casa estoy yo cogiendo un mar de estómago.

M. JESÚS (Dejando la cazuela y levantándose, pero sin perder su tranquilidad y aplomo.) Escuche usté, comadre: de nueve hijos que he tenío, ocho han sío mujeres. Una se me murió de seis años—¡pobresita mía!—angelitos ar sielo; dos se me han casao, y no saben sus maríos donde ponerlas, porque como son pobres no tienen en la casa oratorio; otra está en el Hospitá cuidando enfermos—le dió por ahí, Dios la bendiga; no es por farta e cara, que la tiene presiosa;—y tocante á las cuatro que me quean á la vera toavía, ni las malas lenguas der barrio—y no lo digo por usté—han podío desí de eyas ni esto. Miste que es poco... Pos ni esto. Pa que se me venga usté á mí con peinas de való y con cortesitos e blusa.

JUL. Conosía la historia...

M. JESÚS Y me la sé ar dediyo, ¿no es verdá?

JUL. Solo que siempre se caya usté, no sé si por orvío ó por convenensia, á la viuda de su hijo Migué, que me paese que también está en la familia.

M. JESÚS (Con sentimiento.) En la familia está... no pueo negarlo...

JUL. ¡Je!

M. JESÚS Pero no es de mi rama, no es de acá... no es der «Güerto e las Campaniyas.» Mi pobre hijo—que por no desmentí la casta era mu güeno y mu honrao, pa que usté lo sepa—la cogió e la caye compadesío de su desgrasia... y como había de salirle güena... le salió na más que regulá... Por eso se murió er pobresito... Y por eso mi Consueliyo, que es leche con asuca, quitó der lao e la mala madre á las tres criaturitas que nasieron. ¿Quié usté que le diga argo más? Porque acá tenemos contestasión pa to lo que usté nos pregunte. Acá no semos como otras que hay que tienen que tapá muchas picauras.

JUL. La encuentro á usté mu fantesiosa esta mañana.

M. JESÚS Pos estoy lo mismo que siempre.

ESCENA III

DICHOS, ANGELES y CHARITO, JUAN ANTONIO y VICENTA

(Ángeles y Charito salen por la puerta principal de la casa, en traje de calle. Ángeles viste hábito del Señor y mantón negro. Charito traje claro de percal y mantón blanco. Ambas lo llevan puesto á modo de chal.)

M. JESÚS ¿Ande vais?

ANG. Güenos días, Juliana.

CHAR. Güenos días.

JUL. Vengan ustés con Dios.

M. JESÚS ¿Ande vais, niñas?

CHAR. Yo á comprá un carrete y una jaula.

ANG. Y yo por una vela pa las tormentas.

M. JESÚS No tardarse, ¿eh?

ANG. Descuide usté que venimos pronto.

JUL. ¿Vais pa abajo?

M. JESÚS No; van pa arriba.

JUL. Le arvierto á usté que no me las voy á comé.

CHAR. No nos dejaríamos nosotras.

ANG. Caya tú... Hasta luego, madre.

CHAR. Hasta luego. (Al ir á salir, llegan Juan Antonio y Vicenta, y se detienen saludándolos. A Juan Antonio se le advierte que es sacristán á tiro de cañón. Vicenta es una criada de la iglesia en que Juan Antonio presta sus servicios. Trae una gran bandeja de mimbres para llevar flores.)

J. ANT. La paz de Dios sea en esta santa casa.

ANG. ¡Juan Antonio!

J. ANT. Hola, niñas. María Jesús... Abuelo... Juliana...

ABUELO Güenos días, amigo.

M. JESÚS Pensando en usté estaba yo hase poco.

J. ANT. Yo estoy pensando en ustedes á todas horas.

CHAR. Usté es mu fino.

J. ANT. Ya saltó la chica. ¿Adonde va por ahí esta parejita de lirios tempranos?... ¡Ah! (Dirigiéndose á Angeles, que lo turba visiblemente con sus ojos.) El padre Santiago está muy enfadado con usted... está muy enfadado con usted .. Y también está muy enfadado con usted el padre Santiago... ¡Oh! ¡qué cabeza! He querido decir... el padre Santiago...

(María Jesús recoge la cazuela que antes sacó y se entra en la casa. A poco vuelve sin ella.)

CHAR. Pos no sale usté der padre Santiago en toa la mañana.

J. ANT. ¡Je! Qué mala es esta chica... (La mala es la otra, que me roba la voluntad.)

ANG. Dígale usté ar padre que ya iré yo por ayí... que ya verá como no me orvido... ¡Ah! Y muchísimas grasias por el agua bendita.

J. ANT. Calle usted, por Dios... el agua bendita... ¡eso no vale nada!

ANG. ¿Qué está usté disiendo?

J. ANT. ¡Je-ú-! ¡qué animal! El Señor me perdone... Quise decir que es el agua bendita la que debe estar agradecida... por cuanto que usted va á mojar en ella sus... sus... ¡Atiza! ¡qué profanación! No sé por dónde ando...

CHAR. Mira, vámonos ya, si no quieres que se condene Juan Antonio.

ANG. Es verdá; que está desatinao esta mañana.

J. ANT. *Desatinasdo...* Vaya, el Señor las *ascopañes...* (¡Adiós! ¡ya empezaron á bailarme las eses!...)

ANG. Hasta luego.

J. ANT. *Hatas luesgo...* (¡Jesús!)

CHAR. (Ar sacristán le gusta mi hermana más de la cuenta.)

J. ANT. (Si esa mujer se encierra en un claustro... yo me voy á un desierto.)

M. JESÚS (Viendo ir á sus hijas.) Místelas, comadre; da gloria verlas á las dos.

JUL. A toas las madres nos parese lo mismo.

J. ANT. ¿Están mis flores, María Jesús?

M. JESÚS ¿Se le ha fartao á usté acá arguna vez?

J. ANT. ¡Nunca! Si no es eso... sino que tengo alguna prisilla...

M. JESÚS Pos vamos pa ayá. (Encamínase con Juan Antonio y Vicenta hacia el segundo término de la izquierda, por donde se van.)

J. ANT. Ya sabe usted lo que sucede... Anda, Vicenta... Juan Antonio, la sacristía, Juan Antonio, el altar, Juan Antonio, las velas, Juan Antonio, los ramos, Juan Antonio, á tocar á misa... Y Juan Antonio no tiene más que un cuerpo. Pero los curas no se ponen en nada... Al fin curas... ¿Qué estoy diciendo, santo Dios? El Señor me perdone.

ESCENA IV

El ABUELO y JULIANA; después BARRENA

JUL. (Estallando. Si es muda, revienta.) ¡Pos no está mi comadre mu fastidiosa con sus niñas! ¡Jesús! ¡No paese sino que no hay más niñas güenas que las suyas! ¡Ave María!... ¡Este año, er premio á la virtú en los Juegos florales!...

ABUELO Y usté la reina de la fiesta.

JUL. Otras habrá peores.

ABUELO No digo que no; eso es cuestión de gusto... Usté toavía está en güena edá... y retocándose un poquiyo pué da er gorpe. ¿Por

qué no se tapa usté la meya con un grano de arró?

JUL. Porque así le hago más grasia á mi marío.

ABUELO Ah, pero ¿usté está en la equivocasión de que le hase grasia á su marío?

JUL. Tanta grasia como mi marío me hase á mí.

ABUELO Es que Barrena es mu grasioso.

JUL. ¿Sí, verdá? No sabe é la que le espera por la úrtima grasia.

ABUELO Se lo figurará. Tiene fantesía...

JUL. Dos días hase ya que no va por casa... ¡Er demonio er viejo!... Por supuesto, que no va á sé ferpa. Lo ví á poné hecho un higo... (Aparece Barrena, que viene de la calle con la pesadumbre pintada en el rostro. Al principio no ve á Juliana; pero no bien ha avanzado dos pasos huerto adentro, repara en ella, se le ponen los pelos de punta, y al oir sus cariñosas palabras echa á correr y no lo alcanza un galgo.) Er se cree que adelanta argo con retardá el encuentro... y lo que hase es dá lugá á que á mí me crezcan las uñas... (Viendo á su marido.) ¡Granuja, ven acá! ¡A tiempo yegas!

ABUELO ¡En seguía!

JUL. ¡Sidoro! ¿Ve usté como juye? Er que juye, delito tiene... Pero no le vale... (Echando á correr y yéndose detrás de Barrena.) ¡Sidoro! ¡Grandísimo perro!... ¡Sidoro!...

ABUELO Sí, sí... Ni con artomovi cogen á Sidoro.

ESCENA V

El ABUELO, BERNARDO, CONSUELO, SALUD y MANUEL. MOZO del huerto, dentro.

MOZO (Cantando muy lejos.)

¡Qué grandes fatigas!
¡qué grande doló!
¡qué punsaítas más lentas
le dan á mi corasón!

BERN. (Viene de la calle. Viste traje negro de americana y sombrero flexible.) Buenos días, abuelo.

ABUELO (Levantándose.) ¡Don Bernardo!

BERN. No se mueva usted.

ABUELO Si yevo sentao toa la mañana... ¿Cómo van esas murrias?

BERN. Como siempre. ¿Y por aquí, qué tal?

ABUELO Tos güenos; muchas grasias.

BERN. A usted da gloria verlo. Me da usted envidia. Representa usted menos edad que yo.

ABUELO Pos véngase usté á viví ar güerto con nosotros, y yo me encargo de ponerlo á usté como nuevo. Esto es una bendisión, señorito. Miste, yo me levanto con er só; me asomo á la ventana e mi cuarto, hago asín... (Respirando fuerte.) y ya no me hase farta er desayuno. Los olores der güerto metiéndose tos juntos pecho alante, alimentan más que er pan de Arcalá.

BERN. (Riéndose.) Sí lo creo, sí... ¿Y María Jesús, por donde anda?

ABUELO En el *escritorio* la tiene usté.

BERN. ¿Cómo en el *escritorio?*

ABUELO Ahí en er cuartucho ese ande hasen los ramos. Le yamamos asín, porque un día Charito les dijo á unos ingleses que era el *escritorio*... ¡Je! Y el *escritorio* se le ha queao.

BERN. Pues voy al *escritorio*. (Encamínase hacia la izquierda, á tiempo que salen por la puerta principal de la casa Consuelo, Salud y Manuel, ante los cuales se detiene. Manuel y Salud son dos sobrinitos de Consuelo, de cinco y seis años respectivamente. Consuelo viste un trajecillo claro de percal, tan traído y llevado como limpio. Los niños salen dispuestos para ir á la academia.) ¡Consuelo!

CONS. ¡Don Bernardo! ¡Dichosos los ojos!

BERN. Calcula tú lo que dirán los míos.

CONS Los de usté ¿qué van á desí?

BERN. ¿No te digo á tí que lo calcules? Mira qué buenos colores tienes.

CONS. De trajiná con estos diabliyos.

BERN. (Tomándoles la cara á los niños.) ¿Son malos?

CONS. Regulariyos son... (Los besa.)

BERN. ¿Y la más pequeña?

CONS. ¿Luisita? En la cuna la tiene usté; ¿quié usté verla? No hase más que comé y dormí. Paese un gusano e sea.

BERN. Vamos á ver: ¿cuál de los dos es el que se va á venir conmigo á mi casa? (A la niña.) ¿Vas á ser tú?

SALUD No.

BERN. (Al niño.) ¿Y tú?

SALUD Tampoco.

BERN. Mujer, déjalo á él que conteste.

CONS. En seguía. Esta paese el eco: contesta siempre aunque no le pregunten.

BERN. ¿Cómo te llamas?

SALUD Salú.

BERN. ¿Salud qué?

SALUD Salú Campo y Romero.

CONS. ¿Qué más se dise? Para serví á Dios...

SALUD Para serví á Dios y á usté.

CONS. (Besándola.) ¡Qué monísima eres, chiquiya!

BERN. (Al niño.) ¿Y tú, cómo te llamas?

SALUD Manué.

BERN. Ya está el eco.

CONS. Déjalo tú que él lo diga, Salú.

BERN ¿Qué edad tiene esta?

SALUD Seis años.

BERN. (Al niño.) ¿Y tú?

SALUD Sinco.

BERN. ¡Nada! ¡no hay manera! ¿Quieres un perro grande?

MAN. *Dámelo* usté.

BERN. (Riéndose.) ¡Toma, hombre, toma!

CONS. Ya habló, don Bernardo.

BERN. El amigo no quiere gastar saliva en balde. Tú serás un gran hombre.

SALUD *Dame* usté á mí otro.

BERN. Sí, mujer, ya lo creo.

CONS. Niños, ¿qué se dise?

SALUD / MAN. Muchas grasias.

CONS. ¿No es verdá que paresen otras las criaturitas?

BERN. Como que es otra la madre que tienen. (Las besa.) ¿Se sabe de la suya?

CONS. Más vale que no se sepa, don Bernardo. No hay quien la sujete: es una cabra.

ABUELO Conque, ¿nos vamos á la escuela ó no nos vamos?

CONS. Andá con agüelito. Dame un beso, Salú. Dame tú otro, Manué. Que seáis güenos.

ABUELO Vamos ayá.

CONS. (Volviendo á besarlos.) Cuidaito con echarse manchas. Hasta luego, gloria.

ABUELO ¡Déjalos ya, chiquiya!

CONS. A vé si no me compráis chucherías con ese dinero. Salusita, no le dejes á Manué que compre chochos; que luego le hasen daño. Y tú no le respondas á doña Ana. Ea, darme otro beso.

ABUELO ¡Mujé, que no se van á Filipinas! ¡A la escuela ahora mismo! (Se va con Salud de una mano y Manuel de la otra. Consuelo se asoma á la puerta á verlos ir. En seguida vuelve á entrarse en el huerto, é interroga á Bernardo que está pensativo.)

CONS. ¿En qué piensa usté, don Bernardo?

BERN. ¡Si vieras cuántas veces me contó mi madre esta escena!... (Consuelo hace un gesto de tristeza resignada.) Voy á ver á la tuya. (Entrase por el segundo término de la izquierda.)

CONS. ¡Pobre don Bernardo!

ESCENA VI

CONSUELO, ROMÁN y ROMANCILLO; luego MARÍA JESÚS, JUAN ANTONIO y VICENTA. ROSA MARÍA, dentro.

CONS. (Después de echarles un vistazo y cortarles unas ramitas á varias macetas que hay en primer término.) ¿Dónde estará mi hermana? (Llamándola.) ¡Rosa María!... ¡Rosa María!...

R. MARÍA (Dentro, muy hacia el fondo.) ¿Qué quieres?

CONS. ¿Pués vení?

R. MARÍA ¡Ahora voy!

CONS. ¿Qué hases?

R. MARÍA ¡Cortá las rosas pa Fransisco!

CONS. ¡Ah!

(Llegan de la calle Román y Romancillo, padre é hijo floreros de profesión. Usan sombrero ancho muy viejo y visten pobremente. El hijo trae dos macetas grandes de latanias, descansando sobre el hombro izquierdo la una y sujeta con el brazo derecho la otra.

El padre trae al brazo un canasto lleno de plantas pequeñas. Hablan los dos con calma desesperante, hija de una pereza enervadora. Apenas llegan sueltan la carga y cada uno se deja caer en una silla.)

ROMÁN Güenos días.

ROM. Güenos días.

CONS. Hola, güenos días... ¿Qué traemos?

ROMÁN Na, zino que pazábamos por aquí...

ROM. ¿Tiene usté una poquiya e agua?

CONS. Sí. Sentarse. (Vase al interior.)

ROM. ¡Lo que pezan estas *pajoleras!*...

ROMÁN Poz ¿y estas? Er brazo tengo yo molío. (Pausa. Sale Consuelo con una talla llena de agua, que se beben entre los dos.)

CONS. ¿Quién era er del agua?

ROM. Yo: traiga usté.

ROMÁN No te la bebas toa.

CONS. Iré por otra taya, si acaso.

ROM. No es menesté. Tome usté, padre.

CONS ¿Está fresca?

ROM. Está fresca.

ROMÁN Está fresca. Gracias.

CONS. No las merese. (Entra un momento en la casa á dejar la talla.)

ROMÁN Romanciyo.

ROM. Qué.

ROMÁN ¿Quiés hacé er favó de arrascarme en esta aleta?

ROM. ¿En cuá?

ROMÁN En esta de este lao.

ROM. Contra la ziya ze arrasca usté mejó.

ROMÁN ¡Qué flojo eres!...

(Romancillo está medio dormido y cabecea. El padre poco menos.)

CONS. ¿Paese que hay sueño?

ROMÁN Este haragán... (Sacudiéndolo perezosamente.) Romanciyo, aspabílate...

ROM. Estoy aspabilao...

CONS. ¿Se ha madrugao mucho, Romansiyo?

ROM. Desde las cuatro e la mañana estoy en pie. He tenío que dí ar río á cortá unos juncos...

(El padre aprovecha la ocasión para deseabezar un sueño.)

CONS. ¿Argún encargo e ramos?

ROM. Zí. Tres ocenas. Aluego pué que mande á mi hermaniya por zarapico.

CONS. Güeno. Ya lo piyó er padre.

ROM. Er pobre viejo... (Llamándolo.) Padre... padre... aspabíleze usté, que nos vamos.

ROMÁN Zi no estoy dormío...

CONS. ¡Josú! ¿pero es que les han pegao á ustés una palisa?

ROMÁN (Levantándose con trabajo.) ¿Qué paliza, mujé? Que en caza zemos este y yo zolos pa to.

CONS. ¿Pos no tiene usté diez hijos?

ROMÁN Diez ó doce tengo, pero ninguno da un gorpe en na. Este ez el único que ze mueve argo... Y tampoco ez un tranvía elértrico, no crea usté. Místelo ya dormío.

CONS. ¿Vendió usté las begonias aqueyas, Román?

ROMÁN Las vendí. A eza zeñora de la caye la Laguna... Y á don Julio le cambié las petunias por unos claveles de arco iris.

(Salen por la izquierda y cruzan hacia la calle Juan Antonio y Vicenta. María Jesús los sigue. Vicenta lleva llena de flores la bandeja que traía.)

M. JESÚS Le da usté muchas memorias ar padre Justo.

J. ANT. Muchas gracias. Buenos días, Consuelito.

CONS. Güenos días, Juan Antonio.

ROMÁN Hola, María Jezús.

M. JESÚS Hola, Román.

J. ANT. Vamos, Vicenta, que se nos ha hecho tarde.

M. JESÚS (Acompañándolos á la puerta.) Y dígale usté ar padre Santiago que ya irá Angeles por ayí...

J. ANT. Sí, que vaya, que vaya... (Es mi alimento espiritual...) Hasta otro día. (Vase con Vicenta.)

M. JESÚS Con Dios, Juan Antonio. (Vuelve hacia la izquierda, por donde se va.)

ROMÁN ¿Mucho trajín, María Jezús?

M. JESÚS Grasias á Dios no farta. ¿Y ustedes?

ROMÁN Nos vamos defendiendo.

M. JESÚS Más vale así. (Vase.)

ROMAN (Sacudiendo á su hijo otra vez.) Romanciyo...

ROM. ¿Qué quié usté, padre?

ROMÁN Entra por ahí y coge una poquiya e biznaga.

(Consuelo oye el diálogo cruzada de brazos y muerta de risa.)

ROM. (Levantándose.) ¿Que coja una poquiya e biznaga? ¿Y pa qué quié usté la biznaga?

ROMÁN ¿Que pa qué quieo yo la biznaga? ¿Vas á hacé los ramos zin biznaga, guazón?

ROM. Pero ¿no hay en caza biznaga?

ROMÁN ¿Que hay en caza biznaga?

ROM. A mí me dijo madre que había biznaga.

ROMÁN Miá no zean cozas e tu madre, que tiene una azaura que... Yo creo que no hay biznaga..

ROM. Yo creo que zí... Ámonos.

CONS. (Ay, grasias á Dios. ¡Qué apuro de hombres!)

ROM. (Volviendo á cargar con las macetas.) De jierro paecen las condenás.

ROMÁN (Cogiendo su canasto.) Quée usté con Dios, Conzuelo.

CONS. Vayan ustés con Dios; y que descansen.

ROMÁN Descanzo píe er cuepo, no ze figure usté. (A Romancillo, deteniéndolo un momento en la puerta.) ¿Estás tu zeguro de que en caza hay biznaga?

ROM. ¿Otra vé, padre? Un poné que no haya biznaga...

CONS. Viene Romansiyo por eya en un soplo, ¿no es verdá?

ROM. ¡Pos claro!

ROMÁN ¿Tú en un zoplo? ¿No estás viendo que ezo es *pitorreo?* ¡Ajolá haya biznaga!

ROM. ¡Hay biznaga, padre, hay biznaga!

ROMÁN Pa mí que no hay biznaga, Romanciyo.

ROM. Pa mí que zí hay biznaga, padre. (Esto último lo dicen ya fuera del huerto, y se supone que llegan á su casa hablando de lo mismo y con la misma variedad de razones.)

ESCENA VII

CONSUELO y ROSA MARÍA

CONS. Vaya un pá. Y eso que son los dos más vivos e la casa. Los otros disen que pa comé tienen que agarrá la cuchara con las dos manos...

(Aparece Rosa María en el fondo y baja hasta unirse á Consuelo, con el delantal lleno de rosas. Su vestido es análogo al de su hermana. Sobre la cabeza trae puesto un pañolillo suelto, muy echado á la frente.)

R. MARÍA (Sofocadísima.) ¡Jesús!...

CONS. Chiquiya, cómo vienes... ¿Pica er só?

R. MARÍA Achicharra. Paese que estamos en Agosto. Miá lo que me he hecho en esta mano.

CONS. Eso no es na. ¿Qué rosas has cogío?

R. MARÍA Pimpinelas y de te.

CONS. ¿Quiere muchas ese?

R. MARÍA Tres dosenas de ca una. ¿Ande está er canasto?

CONS Ahí dentro.

R. MARÍA Tráetelo.

CONS. Voy por é. (Éntrase en la casa por la puerta de frente al público. Rosa María vuelca en la mesilla las rosas que trae, y se pone sobre los hombros el pañuelo de la cabeza.)

ESCENA VIII

ROSA MARÍA y GABRIEL; luego CONSUELO; el ABUELO después; BERNARDO al final

GAB. (Es un mocito del pueblo, que se roza con el señorío. Viste pantalón claro, «guayabera» de seda cruda y sombrero de ala ancha gris. Usa espuelas y lleva siempre en la mano una varita. Sus primeras palabras las dice dirigiéndose á Rosa María desde la puerta del huerto.) (Más vale yegá á tiempo que rondá un año.) ¿Hay permiso?

R. MARIA Pase usté.

GAB. ¿Y perro, hay?

R. MARÍA Está atao. (Este es er de ayer tarde.) ¿Qué se le ofrese á usté?

GAB. A este güerto le disen er «Güerto e las Campaniyas», ¿no es verdá?

R. MARÍA Sí, señó; pero eso ya me lo preguntó usté ayer tarde.

GAB. No me acordaba. ¿Ha visto usté qué mala memoria?

R. María ¿Ha visto usté? ¿Se pué sabé lo que ustéquiere?

Gab. Ya lo creo. ¿Cómo les disen ustés á estas rositas blancas?

R. María Pimpinelas.

Gab. ¿Pimpi... qué?

R. María Aqueyo.

Gab. No se enfade usté conmigo, hija.

R. María ¿Quié usté acabá?

Gab. ¿Tengo yo la curpa de sé tan torpe?

R. María ¿Es usté mu torpe? ¡Qué lástima!

Gab. Como que hasta ahora no me he dao cuenta de lo bonita que es usté. Miste si hase farta sé arrimao á la cola.

R. María ¡Vaya!... (Tratando de irse.)

Gab. (Deteniéndola.) Oiga usté, ¿es que no quié usté despacharme?

R. María Ar contrario; lo que quiero es despacharlo á usté en seguía.

Gab. Pos vi á darle á usté gusto.

R. María Usté dirá.

Gab. Yo nesesito un ramo e flores.

R. María ¿De qué flores?

Gab. De toas. Ar capricho de usté lo dejo.

R. María ¿Grande ó chico?

Gab. Ar capricho de usté. Es pa un artá que tengo en mi casa...

R. María ¿Pa un artá?

Gab. Sí; me da por la Iglesia. Como no me quié nadie en este mundo...

R. María ¡Vaya por Dios! ¿Y pa cuando nesesita usté er ramo ese?

Gab. Yo me lo yevaría ahora mismo.

R. Maria Ahora mismo va á sé difisi.

Gab. ¿Por qué?

R. Maria Porque no tenemos flores cortás.

Gab. ¿Y esas?

R. Maria Esas están vendías.

Gab. Pos mande usté que corten más... y mientras las cortan charlamos usté y yo de lo que se tersie.

Cons. (Saliendo con un canasto por donde se fué, á tiempo de oir esta última frase.) ¿Qué? ¿qué es eso?

R. Maria Er señó...

GAB. Güenos días.

CONS. Güenos días.

R. MARIA Er señó que quié un ramito e flores á la carrera.

GAB. No ersagere usté tanto: á la carrera no hase farta... Con que esté dentro e poco... Digo, si pué sé...

CONS. Sí, señó; ya lo creo que pué sé... Si de eso vivimos... de las flores...

(Llega el Abuelo de la calle.)

GAB. ¿Está usté segura? ¿No serán las flores las que vivan de verlas á ustés?

CONS. ¿Pa qué nos vamos á meté en averiguarlo? Agüelo, vaya usté con er señó y córtele usté las flores que quiera pa hasé un ramito.

ABUELO Vamos ayá.

GAB. Yo tenía gusto en que las hubiera escogío aquí esta joven.

CONS. Esta joven no sabe de eso.

GAB. Porque lo dise usté lo creo, pero paese mentira.

CONS. Ahí tiene usté las cosas de este mundo.

ABUELO ¿Viene usté ó no viene?

GAB. Sí, señó; ahora mismo.

CONS. Usté sabrá que en este güerto las flores son caras...

GAB. Ar revés.

CONS. ¿Cómo?

GAB. Que las caras son flores.

CONS. Grasias; es favó.

GAB. Es la pura. (A Bernardo, con quien se cruza al ir huerto adentro.) Güenos días, amigo.

BERN. Hola.

GAB. ¿Cómo estamos?

BERN. Bien ¿y usted?

GAB. Pa servirle.

BERN. ¿Por flores?

GAB. Por flores.

BERN. Hay donde escoger. Que usted siga bueno.

GAB. Vaya usté con Dios. (Internándose en el huerto con el Abuelo.) ¡Josú, qué güerto más bonito! ¡Si esto es la gloria!...

ESCENA IX

CONSUELO, ROSA MARÍA y BERNARDO

(Consuelo y Rosa María se sientan junto á la mesilla y principian á contar flores y á separar unas de otras. Bernardo se les acerca.)

CONS. ¿Quién es ese tipo, don Bernardo?

BERN. Ni él mismo sabe á punto fijo quién es.

R. MARIA ¡Ay, qué grasia!

CONS. ¿Y cómo pué sé eso? Porque yo sé quién soy.

BERN. Ahí verás tú. Es hombre que se mete hasta en los charcos.

CONS. Eso me ha querío paresé á mí.

R. MARIA Sí; no es corto e genio, no. Pero tiene ange.

BERN. Sí que lo tiene: es un tipo de gracia. Y suele caer bien en todos lados. Yo lo he visto siempre donde quiera que ha habido una diversión. En la feria de Córdoba, en la de Mairena, en el Rocío, en el encerradero del Empalme... Unas veces vende caballos, otras veces los compra... bulle en dos ó tres cofradías... tiene un puesto de pájaros, cría gallos ingleses, cambia alhajas, juega... ¡qué sé yo! En fin, un día que estaba conmigo en los Toros, se tiró al redondel y pidió permiso para dar el salto de la garrocha.

CONS. ¡Ay, qué mareo de hombre! Ahora me explico que ni ér mismo sepa lo que es. No tendrá cabesa pa acordarse.

R. MARIA Pos hija, asín me gusta á mí la gente. Esos hombres que no sirven más que pa una cosa son mu esaboríos.

BERN. Tienes razón, chiquilla. Yo te buscaré en Madrid un novio á tu gusto.

CONS. Pero ¿por fin se va usté á Madrí?

BERN. Esta misma tarde.

CONS. ¿Tan pronto?

BERN. ¡Qué más da!

R. MARÍA ¿Y por mucho tiempo?

BERN. No lo sé...

R. María ¡Ay, Madrí!... ¡Quién se fuera!... ¿Se atreve usté á yevarme en er baú?

Bern. Y en el coche.

R. María ¡Ajolá!

Cons. Las ganas que tiene esta chiquiya de vé á Madrí. Yo no sé qué se le ha figurao.

Bern. ¿Y tú, no tienes ganas?

Cons. ¿Yo? ¿Pa qué? ¿Qué farta me hase á mí Madrí?

R. María Esta no tiene curiosidá por na.

Cons. Y tú por to: semos diferentes.

(Bernardo las oye encantado.)

R. María A mí lo que me pasa es que me gustaría salí arguna vé de estas cuatro paredes. Oye una hablá de muchos sitios y de muchas cosas de por ahí fuera, y como to lo ha hecho Dios... le pica la curiosidá de verlo. Porque mi hermana ha yegao á creerse que en viendo er güerto ya no hay en er mundo más que vé.

Cons. Como que me sobra to lo demás. ¿Tú te crees que en Ingalaterra iba yo á está más á gusto que apartando estas flores?

R. María Mujé, también te has dio á acordá de una provinsia...

Cons. Con la que una tiene más rose, mujé.

R. María Pos ya ves tú; si los ingleses fueran tan metíos en sí como tú eres, ¿cuándo ibamos acá á vendé claveles á catorse reales?

Cons. Güeno, pos que vengan eyos, pero yo me estoy quieta. Y eyos vienen porque esto es mejó que lo suyo; que te coste á tí. Yo he oído desí que ayí no sale er só más que una vez al año, y que se va en seguía porque la gente se asusta dé.

R. María Escuche usté, don Bernardo: ¿usté ha estao en China?

Bern. Yo no, hija de mi alma. ¿Por qué me lo preguntas?

Cons. Vamos, tú, cáyate y no seas tonta.

R. María Porque Consuelo dise que es verdá que hay Fransia, y que hay Ingalaterra... y que hay París... pero que se resiste á creé que haya China.

(Bernardo suelta la carcajada.)

CONS. ¿Ves tú? Ya se está riendo. Pos me resisto á creerlo, don Bernardo; no lo pueo remediá. Se me ha metío en la idea que es una tierra inventá na más que pa los abanicos.

BERN. Te advierto que yo también tengo mis dudas.

CONS. Ya eso es *chufla* de usté.

BERN. Benditas sean ustedes que son capaces de distraerme y de alegrarme un rato.

CONS. Desimos tantas tonterías...

BERN. Claro; y yo, como soy tonto, me río con ellas...

CONS. ¿Tonto usté?...

BERN. Tonto y medio. ¿No te parece á tí?

CONS. ¿A mí qué va á pareserme, don Bernardo?

BERN. Esto me interesa. Vamos á ver: ¿qué opinas tú de mí, Consuelito?

CONS. ¿Yo?...

BERN. Sí, tú; dímelo.

CONS. ¿Y á usté qué farta le hase?...

BERN. Ahora me hace falta.

CONS. Pos no se lo digo á usté porque se va á poné mu ancho.

BERN. ¡Vaya! Veo que tienes de mí mejor idea que yo.

R. MARÍA Pero ¿usté no tiene güena idea de su persona?

BERN. Al contrario: muy mala.

CONS. ¿Por qué, don Bernardo?

BERN. ¿Por qué ha de ser? Porque no sirvo para nada, porque no hago cosa á derechas, porque no tengo arranque...

CONS. Usté lo que tiene es la manía de no vé malamente más que to lo suyo.

BERN. No es manía; es desgracia: es que me conozco. Créeme, Consuelito: me falta voluntad, me falta el entusiasmo que á mi edad se siente por las cosas.. Nada me atrae, nada despierta mi interés... Pico aquí, pico allá, de todo me canso á los dos días... Me vuela el espíritu dentro del cuerpo como una mariposa, y este constante aletear créete que me cansa... que me rinde...

R. MARIA ¡Vaya por Dios!

CONS. A mí me parese que no se conose usté tan bien como piensa. ¿Quié usté que yo le diga lo que tiene? Pos una pena que no lo deja respirá. Y yevándola ensima siempre y siempre á tos laos, ¿cómo quié usté que le yame la atensión na de este mundo?

BERN. Veo que discurres infinitamente mejor que mi médico.

CONS. ¿Por qué lo dise usté?

BERN. Porque mi médico, el muy simple, me aconseja que cambie de postura... que me distraiga... que viaje... Tanto machaca que me voy por no oirlo... Pero tú dices bien: llevando en el alma lo que llevo... ¿qué más da que recorra el mundo? Sobre que ahora mi único consuelo está cabalmente en recrearme á todas horas en mi dolor .. en vivir del recuerdo de mi madre... en visitar los sitios que más frecuentaba... en dar los pasos que ella hubiera dado... en venir á este huerto, donde no dejó de venir ni un solo día...

CONS. Ni uno solo, es verdá.

R. MARIA ¡Pobre doña Rosario! Nos quería mucho.

BERN. Las quería mucho á ustedes... y á las flores. Ya le he dicho á María Jesús que durante mi ausencia quiero que vaya una de ustedes todas las tardes á cuidar las que me ha dejado.

CONS. Yo iré.

R. MARIA Y yo.

CONS. Iremos un día una y otro día otra. ¿Usté gorverá pronto?

BERN. Creo que sí, que volveré en seguida, mal que pese á mi médico.

CONS. No, pos eso tampoco lo encuentro yo bien... Cuando don Juan lo manda...

BERN. ¿Y qué sabe don Juan?... Con que, niñas, hasta la vuelta

CONS. ¿Se va usté ya? (Las dos se levantan.)

BERN. Para no pasarme aquí todo el día.

CONS. No le doy á usté la mano porque la tengo mojá de las flores.

BERN. Pues te la secas.

CONS. Güeno... Ya está. Tome usté.
BERN. Así me gusta. Adiós, Rosa María.
R. MARIA Don Bernardo, vaya usté con Dios.
CONS. Que yeve usté felí viaje... y que se acuerde arguna vez de nosotras...
BERN. Eso no me lo tienes que encargar.
CONS. Por si acaso.
BERN. No olvidar las flores de mi madre, ¿eh?
CONS. Usté sí que no tiene que encargá eso.
BERN. Que haya salud.
R. MARIA Con Dios, señorito.
CONS. Con Dios, don Bernardo.
BERN. (Volviéndose un momento hacia ellas antes de irse.) Aquí empiezan... y aquí acaban mis despedidas... ¡Qué solo estoy!... ¡qué solo!

ESCENA X

CONSUELO y ROSA MARÍA

CONS. Pobresiyo don Bernardo... ¡Me da una pena dé! Miá que se ha quedao solo en er mundo...
R. MARIA Verdá que sí. (Se sientan. Pausa, durante la cual terminan su faena.)
CONS. Estas son tres dosenas cabales. Sobran estas pocas.
R. MARIA Pos aquí tengo yo otras tres.
CONS. Ar canasto las seis.
R. MARIA Ajajá.
(Quedan sobre la mesa varias flores.)
CONS. ¿Cuándo va á vení ese por eyas?
R. MARIA Dijo que ar medio día.
CONS. Entonses me las yevaré ayá dentro ar fresquito. (Encamínase hacia la puerta de frente al público y se detiene á la frase de Rosa María.)
R. MARIA ¿A que no sabes tú lo que le esta hasiendo farta á don Bernardo?
CONS. ¿Er qué?
R. MARIA Casarse.
CONS. Hija, ave María; to lo arreglas tú con er casorio.

R. MARIA A mí me han dicho que le gusta la der que fué sosio de su padre.

CONS. ¿Milagritos?... Pos mira tú, no harían mala pareja. (Entrase en la casa.)

R. MARIA Ya se ve que no.

ESCENA XI

ROSA MARÍA, el ABUELO y GABRIEL

GAB. (Saliendo con el Abuelo por la izquierda. Trae en la mano un buen ramo de rosas y claveles.) Usté ya es amigo mío, y eso de la media caña va á sé al istante.

ABUELO Güeno, sí; aquí ar lao... Pero que no se enteren mis nietas.

GAB. No hay pa qué... Pasemos de largo... Güenos días, joven.

R. MARIA Güenos días.

ABUELO Güervo ahora mismo, ¿eh? (Mientras llegan á la puerta, Gabriel mira atentamente á Rosa María, la cual se hace la distraída fingiendo estar ocupada en algo.)

GAB. (Más bonita es que la Virgen der Vaye.) (Se va con el Abuelo.)

R. MARIA ¡Qué descarao es! Por poquito suerto la risa.

GAB. (Volviendo á entrar en el huerto, con sorpresa de Rosa María, que instintivamente hace un movimiento como para marcharse.) No huya usté de mí, que no hago daño. Miste: tengo capiya, tengo artá, tengo flores; hasta velas tengo: no me farta más que la imagen...

R. MARIA Pos eso, un escurtó.

GAB. Si viviera er de la Virgen de la Esperansa y la copiara á usté...

R. MARIA No querría...

GAB. ¿Que no? ¿Pero usté se ha figurao que era siego?

R. MARIA (Interrumpiéndolo.) ¿Se quié usté cayá y no echarme más flores?

GAB. Como me yevo unas poquitas de usté...

R. MARIA Pos conténtese usté con otras poquitas, no sea usté tan rumboso.

GAB. No lo pueo remediá: tengo er rumbo en la sangre.

R. MARIA ¿Sí?

GAB. Sí. Pa que usté se convensa: por ca beso que usté me dé le doy yo seis ó siete.

R. MARIA ¡Ay qué grasioso!

GAB. (Tirándole de improviso á los pies el ramo de flores, que se deshace por completo.) ¡Grasiosa usté!

R. MARIA (Sobrecogida.) ¡Ay!

GAB. Pisa usté y nasen flores. ¡Lo que vale er «Güerto e las Campaniyas!»

R. MARIA ¡Lo que charla usté, hijo de mi arma!

GAB. ¡Lo que me gusta usté, reina e Mayo!

R. MARIA ¡Lo que pondera usté, rey de Abrí!

GAB. Ponderasión de lo bonito, usté, Rosa... María.

R. MARIA ¿Y quién le ha dicho á usté mi nombre?

GAB. Yo que lo he asertao. Tenía que sé ese: Rosa, usté, y María, que es er nombre e la Virgen.

R. MARIA ¿Y qué más?

GAB. Que á mí me pusieron Gabrié.

R. MARIA ¿Y á mí qué me importa?

GAB. Me importa á mí que usté lo sepa.

R. MARIA ¿Y qué más?

GAB. Aqueyo, como usté me dijo.

R. MARIA Pos aqueyo quié desí que se acabó er palique.

GAB. Pos se acabó. ¿Más obediente? Dios la bendiga á usté, morena.

R. MARIA Grasias.

GAB. No hay de qué. Güenos días.

R. MARIA Güenos días. (Tiene mucho ange.)

GAB. (Pan comío.) (Se va. Rosa María se interna en el huerto volviendo la cara.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MARÍA JESÚS, CONSUELO, ROSA MARÍA, ANGELES, CHARITO BERNARDO y el ABUELO

(Es día de fiesta. Los trajes de la familia del huerto dan de ello claro indicio. Madre é hijas, y el propio Abuelo, tienen puestos los trapitos de cristianar.—Aparecen sentados ante la puerta de frente al público, en compañía de Bernardo, el cual se ocupa en retratar á Charito en un pequeño album de dibujo. Rosa María, desviada un poco del grupo general, callada y cejijunta, manifiesta en su actitud que si algo le interesa en aquel momento no es precisamente la conversación de su familia. Charito está de pie.)

BERN. Charito, no te muevas. Estate quieta.
CHAR. ¿Más toavía?
ANG. Paese que tiene asogue este demonio.
CHAR. Ya sartó la beata.
M. JESÚS (Reprendiéndola.) ¡Schss! ¡Charito!
ANG. Si no le rieran tanto las grasias...
CHAR. Cáyate ya.
CONS. La que tiene que cayarse eres tú, que te vas gorviendo mu respondona.
R. MARÍA (Si ér supiera er daño que me hase, no tardaría.)

CHAR. Don Bernardo, ¿estoy bien?

BERN. Hablando estás, muchacha.

ABUELO Como que si estuviea cayá, no era eya.

CHAR. Miá er viejo también: no pué con los carsones y tiene gana e chirigotas...

M. JESÚS ¡Niña!

ANG. A esta mona va á habé que yevarla á confesá.

CHAR. ¿Con quién? ¿con er padre Justo? No, hija mía, que es mu preguntón... (Sueltan la risa todos.)

BERN. A ver qué te parece. (Le da el album, que va corriendo de mano en mano.)

CHAR. ¿Esta soy yo? Vamos, quítese usté de ahí.

CONS. Trae acá... ¡Ay, don Bernardo, no diga usté que esta es mi hermana!

ANG. ¿Sabes tú á quién se da un aire? A la demandadera der Socorro.

M. JESÚS Por Dios, don Bernardo, mi Charito es mucho mejó...

CHAR. ¿Tengo yo esa narí tan larga?

CONS. Ni esa narí ni na. Usté dispense, don Bernardo.

BERN. Que lo vea el abuelo, que es el que entiende aquí.

CHAR. Místelo, agüelo. Diga usté la verdá.

ABUELO La verdá es que te ha favoresío...

M. JESÚS ¡Al istante!

ABUELO ¡Que te ha favoresío mu poco!... ¡Je, je!

BERN. ¡Vaya! El fracaso ha sido completo. Yo que tenía mis ilusiones... Dame el album, Charito.

CHAR. Escuche usté: ¿y aqué libro de coplas que iba usté á traerme?

BERN. ¿Cuál?

CHAR. Digo, ya no se acuerda. Uno que me ofresió usté er mes pasao, antes de irse á Madrí...

BERN. ¡Ah, sí, es verdad! Perdóname. Sobre mi mesa está hace un siglo.

CHAR. ¡Pos ayí pué quearse!

BERN. Descuida, que mañana te lo traeré. Por cierto que me han dicho esta tarde una copla que no conoces tú.

M. JESÚS Difisiliyo es eso, don Bernardo.

CONS. Yo no comprendo cómo le caben tantas en esa cabesa tan chica.

ANG. Más valía que aprendiera otras cosas.

CHAR. Sí; orasiones pa no condenarme, ¿verdá? Dígame usté esa copla, don Bernardo.

BERN. A ver si la acabas.

Dices que no la quieres
ni vas á verla...

CHAR. *Pero la vereíta*
no cría yerba.

¡Vaya una vejé!

ABUELO ¡Pero, señó, si eso lo cantaba mi agüelo... y le desían ya que era antiguo!

BERN. ¿Sí? Pues á ver esta otra:

No quiero querer á nadie
ni que me quieran á mí...

CHAR. *Quiero andar entre las flores,*
hoy aquí, mañana ayí...

CONS. ¡También es nueva! Está usté mu atrasao de notisias, don Bernardo. ¿A que no rematas esta, Charito?

Tengo enfrente la fuente
de mi deseo,
tengo sé, veo el agua
y no la bebo...

CHAR. *Mira qué pena,*
tener sé, ver el agua
y no beberla.

M. JESÚS ¿Lo ve usté, don Bernardo?

R. MARÍA ¿Y ésta, Charito?

CHAR. ¿Resoyaste ya?

R. MARÍA Escucha:

¡Quién fuera y yegara ahora
donde tengo er pensamiento!

CHAR. *Er sitio no lo diré*
porque no lo sé de sierto.

BERN. ¡Qué bonita!

CHAR. Más bonita es esta. Escuche usté:

Esta serrana está loca,
loca que la van á atá...

ABUELO *Que lo que sueña de noche*
quiere que sarga verdá.

ANG. ¡Mía el agüelo también! ¿A que digo yo una que ninguno sabe?

CHAR. ¿A que no?

ANG. *Si fueres á confesá*
desamínate primero...

CHAR. *Que confesión sin desamen*
es leña para el infierno.

ABUELO ¡Ea! Apuesto cuarquier cosa á que ni Charito ni nadie me remata á mí esta:
Un cuerno en una caye...

CHAR. *Se hayó un usía...*

CONS. *Y se quedó pensando*
de quien sería...

BERN. *Y hecho una pieza...*

CHAR. *No quitaba las manos*
de su cabesa.

ABUELO Cayao pa toa la tarde. Veo que la saben tos.

BERN. No hay quien pueda con Charito.

M. JESÚS Como que si á mano viene las saca eya.

CHAR. Tengo tantas en er sentío...

ABUELO (En voz baja.) Oye, sácale una á Rosa María, que está mu cayá.

CHAR. (Después de pensar un momento.)
Esperando á mi novio
las horas paso...
De tenerme la cara
me duele er braso.
(Todos se ríen.)

R. MARÍA Veras tú, Charito, verás tú. (Se levanta y se va al interior.)

CHAR. A la ventana va á esperarlo. Le ha entrao fuerte.

CONS. Don Bernardo, ¿usté no ha visto á Charito remedá á Juan Antonio?

BERN. ¿Al sacristán?

CONS. Verá usté qué bien lo remeda.

ANG. No, no, mujé, que pué enterarse el hombre.

M. JESÚS ¿Qué ha de enterarse, tonta?

BERN. Anda, Charito.

CHAR. (Yéndose á la puerta.) Su entrada es así: «*Buesna tarde...* (Todos se ríen, celebrando la fidelidad y la gracia de la copia.) María Jesús... Abuelo.. Consuelito... don Bernardo... Angeles... *¿Tosdo bueno* por aquí?... Yo *reventasdo...* Aquel cura es un animal... ¡Huy! ¿qué he dicho? ¡El Señor me perdone!»

M. JESÚS Es que lo ha cogío to er demonio e la muchacha.

CONS. Es lo mejó que imita.

ABUELO Esta chiquiya va á sé cómica.

BERN. Tiene mucho salero.

ANG. No, pos no me gusta á mí que se burle de nadie.

ESCENA II

DICHOS y JUAN ANTONIO.

ABUELO En nombrando al ruín de Roma... Ahí viene é.

ANG. Cayarse por Dios.

J. ANT. *Buesna tarde...* (La entrada, con la misma frase de Charito, es una explosión de risa que á duras penas logran contener. Durante todo el saludo de Juan Antonio sigue la misma disimulada diversión.)

ABUELO Hola, Juan Antonio.

J. ANT. María Jesús... Abuelo... Consuelito... Angeles... Charito... don Bernardo... (Cada cual se escurre por donde puede, aguantando la risa.) ¿Por aquí *tosdo* bien?

ABUELO Nos vamos defendiendo. (Se va al interior de la casa. María Jesús se va á la calle con su silla.)

ANG. ¿Y usté, Juan Antonio?

J. ANT. *Reventasdo*, hija. Me ha salido un cura que es un melón... ¡Huy! ¿qué he dicho? El Señor me perdone. (Consuelito coge también su silla y se larga á la calle sin poder pronunciar palabra. Charito se va al interior de la vivienda, y Bernardo se mete huerto adentro. Juan Antonio los mira irse un tanto sorprendido.) ¿Qué pasa? ¿Qué dispersión es esta?

ANG. No sé... no sé... (Luego disen que yo me enfado...)

J. ANT. Vamos, que han comprendido que tenemos que hablar de nuestra capillita.

ANG. Será eso.

ESCENA III

ANGELES y JUAN ANTONIO

J. ANT. ¡Si viera usted qué monísimo está el Niño Jesús con el trajecito de majo!

ANG. ¿Lo ha visto doña Carmen?

J. ANT. ¡La primera! Y está encantada. Le llama el pastorcito. Al verlo se hizo lenguas de usted.

ANG. Una, en su pobresa... ¿Usté se cree que si yo fuera rica no iba á poné la capiya como un ascua e oro?

J. ANT. Ya lo está, ya lo está...

ANG. Grasias á doña Carmen, que es tan güena...

J. ANT. Y á sus manos de usted, que hacen primores...

ANG. ¿Le he dicho á usté que doña Carmen corre con mi dote?

J. ANT. (Con pena.) Sí.

ANG. Y con mi hábito...

J. ANT. (Suspirando.) ¡Ay! (Pausa. El Abuelo y Charito, pasan de la casa á la calle riéndose de Angeles y Juan Antonio.) Escuche usted, Angelitos: ¿ha meditado usted bastante el paso que va á dar?

ANG. Lo estoy pensando desde que nasí, con que ya usté ve...

J. ANT. ¡Ay!...

ANG. Mire usté; mientras mis otras hermaniyas jugaban cuando chicas á los novios, Carlota y yo jugábamos como unas tontas á los conventos.

J. ANT. ¿Cuál es Carlota?

ANG. La que está en el Hospitá e la Sangre.

J. ANT. Ah, sí.

ANG. A mí una vez—tendría yo hasta sinco años ó seis—se me aparesió la Virgen de la Esperansa... y no fué en sueños, no, que estaba yo despierta como ahora.

J. ANT. Es particular.

ANG. Pos güeno, verá usté. Con la Virgen de la Macarena iba er San Juan de San Lorenso, que fué lo que me yamó la atensión... Y la

Virgen me dijo, dise: «Tú has nasío pa monja; pa resá por la gente mala...» Y San Juan hiso que sí con la cabesa. Yo estaba como er marmo: aqueya noche no pegué los ojos de mieo... Me tuvo que yevá mi madre á su cama, se lo referí to, y desde entonse vengo reinando en lo der monjío...

J. ANT. ¡Ay!... (Pone una carita de tonta, que me pierde...)

ANG. Luego, ya usté sabe lo que á mí me gusta resá, y aprendé orasiones, y dí á las Iglesias, y vé las cofradías .. ¡Ay, las cofradías!... Las de madrugá, sobre to, me dan un respeto y una cosa... Vamos, yo creo que á nadie le pasa lo que á mí, cuando una mujé ó un chiquiyo se pone elante der Señó der Gran Podé á cantá una saeta... Es un frío tan espesiá er que me entra... y un silensio tan grande por dentro de mí... Yo no sé explicarlo... digo la má de paparruchas ..

J. ANT. ¡Ay, Angeles! Tiene usted un alma sencilla y pura como el aroma de una flor... y tiene usted un cuerpo...

ANG. ¡Juan Antonio!

J. ANT. ¡Huy, qué *diparaste!* Perdón, *asmiga* mía... (¡Malo! ¡Ya empezaron las eses!) De lo que yo quiero convencer á usted es de que Dios está en todo... y lo mismo se le sirve entre *la cuastro parede fría* de un convento, que fregando *plasto* ó que cortando *flosres*... ¿Por qué ha de exigirle á una juventud de rosa fresca, que se marchite, que se aje, que se consuma... sin sol y sin luz?. . (¡Estoy hecho un papelucho republicano!)

ANG. ¡Juan Antonio! ¿qué dise usté? Un hombre consagrao á Dios y á la Iglesia...

J. ANT. Es cierto, sí; consagrado á Dios... Con poco sueldo, pero en fin, consagrado á Dios...

ANG. ¡Pues lo va usté enmendando!

J. ANT. No sé lo que me digo, Angeles...

ANG. (Acercándosele mucho con solicitud y cariño.) Pero ¿qué le susede á usté?

J. ANT. Nada... nada... el calor... los nervios... el calor sobre todo...

ANG. ¿Quiere usté refrescarse? Vámonos ayí junto á la noria...

J. ANT. Vamos donde usted quiera.

ANG. Y de paso cogeremos unas flores pa doña Carmen...

J. ANT. Bueno, sí... (Me siento pecador al lado suyo...) (Se encaminan los dos hacia el fondo y por allí se pierden.)

ANG. Otra cosa que á mí me encanta, Juan Antonio, es er sosiego que hay en los conventos... la tranquilidá... ¡Qué me gusta cuando yo entro en argunos y veo á las madres por entre las rejas aparesé delante del artá como sombras blancas... sin sentí sus pasos!... ¿No es verdá que es bonito?...

J. ANT. (Suspirando desesperado.) ¡Ay! (¡Pobre Juan Antonio!... ¡No es para tí esta mariposa!. .)

ESCENA IV

ROSA MARÍA, GABRIEL y CHARITO

R. MARIA (Saliendo de la casa por la puerta principal, antes que desaparezcan del todo Juan Antonio y Angeles.) Ya viene ahí. No me vera esta tarde la grasia. (Se sienta hacia la izquierda.)

GAB. (Llega de la calle canturriando distraido.)

Tus ojos y mis ojos
se han enredao...

CHAR. (Siguiéndolo.) Gabrié...

GAB. (Deteniéndose un instante.) Hola. ¿Qué quieres?

CHAR. ¿Le pido permiso á madre y nos vamos los tres á dá un paseo como el otro domingo?

GAB. Por mí, desde luego.

CHAR. Pos voy ayá. (Vuélvese á la calle.)

ESCENA V

ROSA MARÍA y GABRIEL

GAB. (Acercándose á Rosa María.) Dios te guarde, paloma.

R. MARÍA Dios te guarde á tí, gavilán.

GAB. ¿Corajito tenemos? ¿A tí te paese medio regulá resibí á un hombre en día de fiesta con esa cara?

R. MARIA Pos no tengo otra.

GAB. Ni farta que te hase: esa es otra cuestión. De más sabe la dueña de esa cara que pa Gabrié Moreno no hay ninguna más bonita en er mundo.

R. MARÍA Pos la dueña de esta cara es la que yeva dos horas esperándote.

GAB. ¿Dos horas? (Sacando su reloj y mirándolo.) ¡Mardita sea mi suerte! ¿Parao otra vé? (Lo tira contra una silla con rabia.)

R. MARÍA ¿Qué hases, hombre?

GAB. ¡Na; que mañana me compro uno de arena! (Lo recoge y lo mira de nuevo.) ¡Ole! ya está andando. (Se lo guarda.)

R. MARÍA (Riéndose, á pesar suyo.) ¡Eres una fiera, Gabrié!

GAB. (Acercándosele mucho.) Ten cuidao no te coma.

R. MARÍA (Deteniéndolo.) Estate quieto.

GAB. Pos déjame que me siente á la vera tuya. (Lo hace.)

R. MARÍA ¡No te debía ni hablá!

GAB. Cántame, si quieres.

R. MARÍA ¿Ande has estao? ¿De ande vienes ahora? ¿No ves lo que sufro esperándote, malas entrañas? ¡Ya lo creo que lo ves!... Lo que tiene que sabes cómo te quiero, y te gosas en haserme rabiá. Estás tan seguro de mi cariño...

GAB. Tan seguro como tú der mío.

R. MARÍA Una mijiya más, ¿no te parese?

GAB. (Fijándose en ella.) ¿Has yorao?

R. MARÍA Er caso no era pa reí.

GAB. ¡Benditos sean tus ojos, chiquiya!

R. MARÍA Te gusta que yore, ¿no es eso?

GAB. Eso es: ¿á qué ví á negarlo? Soy así: las flores, con rosío, y las mujeres, con lágrimas.

R. MARÍA ¡Gabrié!

GAB. ¿Y á tí, cómo te gustan los hombres?

R. MARÍA Más cabales que tú.

GAB ¿Pos qué me farta á mí, morena?

R. MARÍA Ese coraje que á mí me hase yorá cuando no te veo.

GAB. Estás hablando de memoria. ¿Qué sabes tú de las perreras que yo me tomo en casa?

R. MARÍA ¿Tú? Miente menos y quiere más.

GAB. Las dos cosas son imposibles.

R. MARÍA Toa la noche me la he yevao soñando contigo.

GAB. Y yo contigo. Es verdá que á mí no me hase farta que yegue la noche pa eso. ¿Qué has soñao tú?

R. MARÍA Que querías á otra.

GAB Las cosas e los sueños.

R MARÍA Y me entró una rabia, Gabrié, me entró un coraje y una pena, que rompí á yorá... y er fuego de las lágrimas en la cara me dispertó. (Dice esto clavándole inconscientemente á Gabriel las uñas en un brazo.)

GAB. Güeno, mujé, pero no aprietes tanto, que es mentira.

R. MARÍA Y tú ¿qué has soñao? ¿Pué saberse?

GAB. Que tú no querías á nadie más que á mí.

R. MARÍA Esa es la verdá: yo lo que te pregunto es lo que has soñao.

GAB. Pos eso: la verdá. Y luego, entre otras cosas, soñé también que perdí el espejo, y no podía afeitarme sin é; y tú me dijiste: «Pero, ven acá, pamplinoso: ¿tienes más que mirarte aquí?» Y me afeité mirándome en tus ojos.

R. MARÍA ¡Qué payaso eres!

GAB. ¿Crees tú que no pué sé? (Aproximando mucho su cara á la de ella.) Fíjate.

R. MARÍA Gabrié, no te aserques.

GAB. (Cogiéndola por las manos.) Si es pa probá: mírate tú en los míos.

R. MARÍA ¡Suerta!

GAB. ¡No quiero!

R. MARÍA ¡Que hasta las flores ven!

GAB. ¡Que vean! ¡Si no pueo remediarlo! ¡si me arrimo á tí porque tú tiras de mí sin darte cuenta!... Miá que hay aquí olores; miá que se esmaya uno respirándolos... Pos no son na pa mí: el olorsito de tu cuerpo es er que me emborracha, es er que manda en mis sentios.

R. MARÍA ¡Grasias á Dios que hoy me suena á verdá una cosa tuya! En pensá muchas veses que no eres mío, mío der to, como estas carnes que tan bien te güelen, me abraso de doló y de rabia, Gabrieliyo... Y cuando yegas tú y me dises lo que me has dicho ahora, y yo me lo creo, hago asín... (Aspirando con delicia.) y me ensancho toa con un gusto... no sé cómo explicarte... hago asín... amos, lo mismo que la tierra cuando ar medio día se suerta el agua e los canaliyos...

GAB. Y qué mala es la sé, ¿verdá, Rosa María?

R. MARÍA Mu mala, Gabrié, mu mala. ¿Por qué me lo preguntas?

GAB. (Abrazándola por la cintura.) Porque... (Sintiendo á Charito que en este momento llega de la calle y volviéndose á ella con naturalidad.) ¿Qué es eso, nos vamos por fin á dá un paseo?

ESCENA VI

DICHOS, CHARITO, MARÍA JESÚS y BARRENA

CHAR. Nos vamos. Madre me ha dicho que con tá que vengamos pronto...

R. MARÍA Pos arsa, yégate por los mantones.

CHAR. Ya estoy aquí. (Entrase corriendo en la casa.)

R. MARÍA ¿Ves tú? Por poquito nos coge...

GAB. Por poquito; pero no tengo yo la curpa.

M. JESÚS (Con Barrena.) Entre usté, Sidoro.

BAR. Güenas tardes.

GAB. Güenas tardes, amigo.

M JESÚS Cuidaito con apartarse der barrio, ¿eh? Y gorvé antes de que anochezca; no pase lo del otro día...

R. MARÍA Descuide usté, madre.

CHAR. (Saliendo con los mantones.) Toma, Rosa María.

R. MARÍA Trae acá.

GAB. Hasta luego.

M JESÚS Vayan con Dios.

GAB. (A Rosa María.) Anda pa alante, clavé de tres beyotas .. (Se van los tres.)

ESCENA VII

MARÍA JESÚS, BARRENA y el ABUELO; á poco JUAN ANTONIO y ANGELES

M. JESÚS Siéntese usté, Sidoro.

BAR. Yame usté al agüelo también, que quieo que esté presente.

M. JESÚS ¿También el agüelo? ¡Josús y cuánta seremonia!

BAR. Es que er caso lo ersige, María Jesús.

M. JESÚS (Desde la puerta de la calle.) ¡Padre! venga usté, que Barrena quié hablarnos. (Se sientan los dos en primer término.)

ABUELO (Saliendo.) ¿Qué has dicho, hija?

M. JESÚS Que Barrena quié hablarnos.

BAR. Señó Fernando, siéntese usté á la vera mía.

ABUELO Con mucho gusto, amigo. (Lo hace.)

BAR. Vamos á liá un sigarro primero, que ar fin y ar cabojumoes usté, y jumo soy yo... y jumo es to esto. (Le da su petaca al Abuelo.)

M. JESÚS ¿Y yo, no soy jumo?... ¡Lo que cavila usté, compadre!

BAR. Comadre, cavilasiones e la desgrasia. (Callan los tres, mientras él y el Abuelo lían y encienden un cigarrillo. Entre tanto, pasan por detrás de ellos hacia la calle Angeles y Juan Antonio Angeles va corrida y ruborosa, con los ojos bajos. Juan Antonio, más corrido y apesadumbrado que ella, la sigue maquinalmente á alguna distancia.)

ANG (Nunca lo esperé de Juan Antonio... ¡Vaya!... ¡Sabiendo la vocasión que yo tengo!...)

J. ANT. (¡Por bruto!... ¡Por bruto!... Sí, porque si el pellizco es en un brazo, no se enfada.)

ESCENA VIII

MARÍA JESÚS, el ABUELO y BARRENA

M. JESÚS Güeno, compadre, usté dirá; que se viene la noche ensima.

BAR. Comadre, es que tengo la boca seca... Miste: der dijusto no pueo escupí. (Intenta escupir inútilmente.) Na; que no pueo escupí.

ABUELO Pos fume usté na más, amigo Barrena.

BAR. Se me han venío ensima toas las desgrasias juntas, comadre. Hase farta er pecho de un Barrena pa no pegarse un tiro en la sien. Mi apeyío deshonrao; mis hijas... que ya no hay deos pa señalarlas; mi mujé más mala ca día y más fea ca minuto... ¿Quié usté más?

M. JESÚS A mí me sobra to.

ABUELO Y á mí lo mismo. Corte usté p'onde quiera.

BAR. Eya estuvo aquí anoche, ¿verdá?

ABUELO Aquí estuvo.

M. JESÚS Pero me da er corasón que no güerve.

BAR. ¿Puso mi apeyío en reículo?

M. JESÚS Y er suyo también.

ABUELO Lo que no es verdá es que Juliana esté ca día más fea, amigo Sidoro.

BAR. Agüelo, no se *pitorree* usté, que harta desgrasia tiene er que la ve á toas horas elante suya. ¡Mardita sea la hora en que nasí!... Pa tirarme ar río he estao esta tarde en er Puente e Hierro con una piedra en ca borsiyo. Mi mujé y mis hijas van á presipitarme...

M. JESÚS ¡Cuarquiea lo presipita á usté!

BAR. El apeyío Barrena siempre ha podío mirarse ar só, ustés lo saben. Güeno: pos yo soy Barrena. Mi mujé es Corrá... Corrá de los peores... Y mis niñas son Barrena y Corrá; pero desgrasiamente de Barrena tienen mu poco.

ABUELO En eso estamos tos.

M. JESÚS Alante.

BAR. Miste, comadre; miste, agüelo; la vergüensa no está en casa e Barrena cuando Barrena está en la caye. Y viseversa. Er dinero es mardito: un día yegó una perra mujé á la oreja e la mía, le sopló er sonío de sien duros... y no fué mesté más. Ayí empesó á perdé terreno la vergüensa en mi casa. A medía que se iba el honó, que es cosa morá, entraban por las puertas comodidaes físicas... Ar prinsipio—voy á desirlo to,—jasta er propio Barrena se hayaba á gusto, porque no se daba cabá cuenta de su desgrasia... Pero aluego vino la reflersión... y ahora, comadre e mi vía, ahora, agüelo e mi arma... (Enterneciéndose y lloriqueando.) er pan que como lo como mojao en lágrimas como los gorriones.

M. JESÚS (Levantándose decidida.) ¿Pos sabe usté lo que le digo?

BAR. Déjeme usté acabá. Mi casa está que no la conozco: ca día me jayo ar dispertarme un chisme nuevo... Mi mujé me trata á trompicones—es verdá que en eso no ha cambiao; —mis niñas me despresian y me pegan toas... hasta la más chica se atrevió ayé á levantarme la mano; la sea de que se visten me quema á mí las carnes na más e de verla; los alimentos que eyas toman se me jasen á mí un núo como una piedra en la garganta; er lujo e mi mesa me pone colorao... me ofende... ¡yo no he visto en mi vía tanto queso junto!... Siento una sé, comadre, que me ajoga...

ABUELO Es naturá; er queso píe mucha agua.

BAR. ¿Quié usté haserme er favó de no *chuflarse* ahora con las penas der prójimo? La sé que yo siento es de justisia, agüelo, de justisia... de pundonó... de limpiesa e sangre... ¡de to eso junto! ¿Me quién ustés desí qué es lo que jago yo pa apagarla?

M. JESÚS No pué sé más sensiyo, y á eso iba yo antes. Yo vivía en la creensia de que usté tenía tan poca *lacha* como toa su gente.

BAR. ¡Comadre!

ABUELO Le arvierto á usté que en esa creensia vive er barrio entero.

BAR. ¡Agüelo!

M. JESÚS Pero si es verdá que usté es un hombre honrao, dos caminos tiene usté pa elegí: ó echá á la caye á la arrastrá de su mujé y á las retunantas de sus niñas, ó dirse usté solo á comerse un cacho e pan duro aunque sea debajo de un paraguas. ¿Lo quié usté más claro? Pos agua e mi noria, que es la más limpia que conozco. Y quéese usté con Dios. (Vase á la calle. Barrena se queda unos momentos apabullado por el chaparrón. Aparece Bernardo por el fondo, copiando en su album de dibujo plantas y flores y variando con frecuencia de punto de vista.)

ESCENA IX

EL ABUELO, BARRENA y CONSUELO. BERNARDO.

BAR. ¿Ha visto usté qué rosiá?... Cuando uno viene buscando consuelo... ¡Na; que va á sé cosa de tirá piedras por la caye!

ABUELO No se esanime usté, que en este mundo to se arregla, Sidoro. ¿Quié usté tomarse conmigo dos medias cañas e vino duro... y usté verá como sale una solusión?

BAR. Lo que usté diga, agüelo, lo que usté diga...

ABUELO (Llegándose á la puerta del huerto, y llamando.) ¡Consueliyo! ¡Escucha un momento!

CONS. ¿Qué hay?

ABUELO ¿Ande está er vino duro?

CONS. ¿Er vino duro? Vengan ustés conmigo. (Entrase en la casa por la puerta de frente al público.)

ABUELO Amos, Sidoro, lo tomaremos ayá dentro.

BAR. ¡Qué bien mandá!... ¡qué agrao er suyo!... Bendito sea Dios... ¡Se le quién paresé las mías!...

ABUELO Miste, amigo Barrena: esta, y la otra, y la de más ayá, y las de usté, y las der vesino, ¡toas son flores!

BAR. ¡Agüelo!

ABUELO ¡Flores, flores toas! La que no es jasinto es

alelí, la que no es alelí es geranio, la que no es geranio es mosqueta ..

BAR. ¡Agüelo, por la Virgen der Carmen!

ABUELO Er toque está en er jardinero... en cuidá er güerto mucho.. en poné cristales en las tapias pa que no sarten los ladrones... en que haiga perro...

BAR. Perro hay en casa; por ahí no va usté malamente; pero ni con la Biblia en la mano me prueba usté á mí que mi señora es una fló.

ABUELO Arto er carro: yo, al hablá de mujeres, les vamo asín á las que están entre los quinse y los treinta años... Las demás, ya son otra cosa; á sabé: sorteronas, beatas, suegras, brujas...

BAR. ¿Y á qué edá prinsipian á sé brujas, señó Fernando?

ABUELO A la de su mujé de usté, ni año más ni año menos.

BAR. ¡Me caso con la Torre el Oro!... Me ha jecho usté reí... ¡Y miste que tengo yo unas tripitas ahora!...

ABUELO ¿Amos á remojarlas?

BAR. Amos... (Entran en la casa riéndose.)

ESCENA X

BERNARDO y CONSUELO.

(Bernardo se sienta de espaldas á la casa, y dibuja. Sale Consuelo por la puerta principal, y al ir hacia la calle, repara en él y se le acerca cautelosamente para ver lo que hace. Al cabo de un rato suelta una carcajada, que saca de su abstracción á Bernardo.)

BERN. ¡Hola! ¿Me estabas viendo? ¿De qué te ríes?

CONS. De lo en serio que ha tomao usté esto de la pintura.

BERN. ¿Te llama la atención?...

CONS. Pos ya se ve. Como que paese que va usté á seguí en eyo... y luego lo dejará usté á los ocho días. No va á sé la pintura más afortuná que otras cosas... Usté no se debe casá.

BERN. ¿Por qué?

CONS. Porque va usté á renegá de su señora á los tres meses e matrimonio.

BERN. Eso le pasa á medio mundo.

CONS. ¡Don Bernardo, por Dios!...

BERN. Pero, en fin, no pienso guiarme de tu consejo, Consuelito... Me casaré... en cuanto tenga novia... y dinero.

CONS. En lo de la novia no entro ni sargo; pero en lo der dinero no yeva usté rasón ninguna.

BERN. No es que necesite pedir limosna, mujer; ¿pero adónde voy yo con una tienda medio arruinada y cuatro cuartos escasos que me dejó mi padre?

CONS. Si usté arrimase el hombro á la tienda...

BERN. Para arrimar el hombro tendría que arrimarme yo; y por no ver el mostrador ni los libros de caja la regalo con dinero encima.

CONS. A vé, don Bernardo, á vé esa hoja...

BERN. ¿Cuál?

CONS. Esa que ha pasao.

BERN. (Pasando varias.) ¿Esta de las violetas?

CONS. No, no; la de antes. Esa.

BERN. ¿Te gusta?

CONS. Mucho. Es er rosá de filo que hay junto á la tapia, ¿verdá usté?

BERN. El mismo.

CONS. Está mu bien sacao.

BERN. ¿Lo quieres?

CONS. ¿Yo? ¿Y pa qué, si tengo ayí er rosá?

BERN. Me has convencido... y le has dado una puñalada á mi arte.

CONS. ¡Ay, Jesús!

BERN. Siéntate; verás lo que he hecho hoy.

CONS. (Obedeciéndolo.) Vamos á vé. (Se ríe.) La verdá es que yo entiendo mucho de estas cosas.

BERN. ¿Que si entiendes?... ¿Conoces esto?

CONS. Esto es un pedaso der jazmín reá. También está mu propio.

BERN. ¿Y esto, qué es?

CONS. La selinda. Y esto que está á la vera, er granao.

BERN. Oye: ¿cómo se llama un rosal blanco que hay junto á la celinda?

CONS. Rosá de virgen.

BERN. Ah, de virgen. ¿Y este?

CONS. Ese me quié paresé er de cobre.

BERN. Me asombra que los reconozcas aquí.

CONS. Tengo tanta costumbre de mirarlos...

BERN. ¿Cuál de los dos te gusta más, este ó el de virgen?

CONS. Los dos lo mismo.

BERN. ¿Y de todas las flores, vamos á ver?

CONS. Ca una por su cosa me gustan toas iguales. Desde que nasí estoy entre eyas... usté carcule. . A toas las quiero. Serrando los ojos, por el oló las conozco á toas... Yo creo que si me sacaran de aquí arguna vé, me moría.

BERN. ¿El huerto ya es propiedad de ustedes, no?

CONS. Sí, señó; ar morí er señorito, va ya pa sinco años, se lo dejó á mi padre en agradesimiento. Como mi padre fué moso e su casa toa la vía...

BERN. ¿Y les da á ustedes mucho que hacer?

CONS. Sabe usté que como se hase á gusto, una no lo nota. Er trajín mayó lo tenemos por la mañana.

BERN. ¿Sí?

CONS. Sí. ¿No ve usté que casi tos los floreros vienen mu temprano? Los de la Encarnasión, sobre to, vienen ar sé de día; y ya nosotras les tenemos preparás las flores. Mi madre y y yo nos levantamos toavía con estreyas... y comensamos á cortá las blancas, que son las que mejó se ven á esas horas... Y luego, poco á poco, cuando va yegando la luz der día, se van distinguiendo los colores de las otras, y asin que las vemos las cortamos también. Es una faena mu bonita. Ar prinsipio mira una pa er sielo y no ve más que estreyas... y mira pa er güerto y casi no ve flores; pero apenas va viniendo la aurora, pasa ar revés: no quea ni una estreya ayá arriba y aparese cuajao de flores to esto...

BERN. Sí que será digno de verse.

CONS. A mí me pasó una mañana una cosa que me tuvo preccupá to er día... Figúrese usté que ca vez que cortaba yo una fló, se iba

una estreya... ¿No hay pa preocuparse, don Bernardo?

BERN. Me encanta oirte, Consuelito. Sigue, sigue diciendo cosas.

CONS. Eso es; pa luego divertirse usté conmigo.

BERN. Sea para lo que sea... Escucha: ¿á lo que le temerán ustedes más que á un dolor es á las tormentas?

CONS. Ay, no me hable usté de eso... Son una ruina pa nosotros... Yo me pongo más triste... En er mes de Mayo pasao, pocos días después de irse usté de viaje, hubo aquí una espantosa... Yo no sé por qué me acordé de usté mucho... Mi madre se yevó yorando toa la tarde; Angeles prinsipió á resá y á ensendé velas, y Charito metió la cabesa debajo de un corchón porque se asusta de los truenos. Rosa María no estaba en casa. Solo nos queamos viéndola el agüelo y yo, que somos más valientes. No sabe usté la pena y la angustia que á mí me daba vé á toas mis flores, que no hasen daño á nadie, acobardás con er viento que las sacudía y con el agua que caía mu incliná y mu fuerte... Paresía que les pegaban y las castigaban por argo malo que habían hecho. Los capuyitos se tronchaban enteros; las rosas grandes caían esbaratás; los claveles daban tos contra er suelo sin espegarse de las ramas; los jazmines se queaban sin una fló... ¡Jesús, no quieo acordarme!... Cuando pasó la yuvia y nos asomamos aquí fuera á vé er daño hecho, nos daba lástima pisá... Y luego, cuando salió er só, con er goteá de toas las hojas, me acuerdo yo que me paresió á mí como que er güerto entero estaba yorando.

BERN. Algo hubiera dado yo por haberlo visto.

CONS. No diga usté eso, que usté no tiene mala idea.

BERN. Y lo que es lo otro no me quedo sin verlo.

CONS. ¿Qué es lo otro?

BERN. La faena del amanecer. (Levantándose.) ¿Me dejas tú que venga mañana?

CONS. Don Bernardo, usté no está en sus cabales. (Se levanta también.)

BERN. ¿Me dejas tú?

CONS. ¿Y á usté qué farta le hase mi permiso? ¿No sabe usté que aquí pué vení cuando quiera?

BERN. Mira si lo sé, que estoy notando que no salgo del huerto en todo el día.

CONS. Ya se le pasará á usté el arrechucho.

BERN. ¿A que no se me pasa?

CONS. ¿A que sí?

BERN. Oye, Consuelito, un favor que quiero pedirte.

CONS Diga usté, que si está en mi mano...

BERN. En tu mano está. ¿Por qué no me tuteas?

CONS (Soltando la risa.) Cuando digo yo que usté está barrenao...

BERN. Pues á los locos seguirles la corriente. Tutéame.

CONS. Pero ¿qué más tiene el usté que er tú pa el apresio? Y que á mí me iba á dá mucha vergüensa...

BERN. Bueno, pues te hablo yo de usted desde ahora.

CONS. Eso sí que iba á está grasioso.

BERN. ¿Me tuteas ó no me tuteas?

CONS. Se va á enfadá mi novio.

BERN. ¿Lo tienes ya?

CONS. Ya tengo hecha mi elersión.

BERN. Por los clavos de Cristo, no vayas á cargar con un zopenco.

CONS. Duerma usté tranquilo, que no cargo.

BERN. Es verdad que tú eres persona de buen gusto

CONS. ¡Digo!

BERN. Con que hasta mañana, que vendré á coger flores.

CONS. ¿De verdá?

BERN. De verdad. Y que vendré en carácter: pantalón y blusa de dril...

CONS. Ay, ay, ay...

BERN. Sombrero ancho...

CONS. ¡Josú! ¡Josú! Va usté á paresé uno de nosotros.

BERN. ¿Y qué cosa mejor? ¡Ah! Te advierto que llamaré con una piedra. ¡Pun! ¡pun!

CONS. No será menesté: yo estaré esperando.

BERN. Pues hasta mañana, con estrellas.

CONS. ¿Y si está nublao por casualidá?

BERN. Te miraré á la cara y será lo mismo. Adiós. (Consuelo suelta la carcajada. Bernardo se va.)

CONS. Es mu güeno este don Bernardo... y mu simpático... La trata á una como si una fuera su iguá... Es mu güeno. . Lástima que tenga un venate. A mí, to lo que me dise, no es que me haga grasia, es que me da mucha alegría... (Yéndose huerto adentro y suspirando.) ¡Ay!... A esta media luz de la tarde sí que está esto bonito .. (Queda la eseena sola. Pausa.)

ESCENA XI

JULIANA y MARÍA JESÚS

(Juliana llega de la calle hecha una furia. Viene agitadísima y abanicándose á más y mejor. Tan pronto se sienta como se levanta, dirigiendo euantas frases dice haeia la calle, para meter en euriosidad á los que desde allí la escuchan.)

JUL. Aquí me cuelo... No quiero escándalos en la puerta... No quiero que luego digan que si fué, que si vino, que si una yeva y trae... ¡Anda! Ya estás aviá, fantesiosa... Me alegro, me alegro, me alegro, me alegro y me alegro... ¡Como me yamo Juliana que me alegro!... En los artares había que poné á las niñas... ¡Toma artares!... No; si era agua bendita la de la arberca... (Soltando una carcajada escandalosa.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué risa me ha entrao!... Este es er mundo, hija, este es er mundo... (Suspirando con las de Caín) ¡Ay! ¡to cae ensima, to cae ensima!...

M. JESÚS (Saliendo de pronto y encarándose con ella.) Pero, oiga usté, comadre: ¿con permiso de quién entra usté en mi güerto? ¿Cuantas veses va á habé que echarla á usté pa que no güerva más? ¿Quié usté desírmelo? ¿Quié usté también desirme qué baba es esa que está usté

sortando? ¿Quié usté reventá de una vez, comadre e mis curpas?

JUL. Sí, hija, sí; ¡pos no que no! Si vengo á tiro hecho... ¡Vaya!... ¿Conque las niñas en los artares?...

M. JESÚS Oiga usté...

JUL. ¿Conque con la frente pa er sielo?... ¡Ja, ja, ja!...

M. JESÚS Miste comadre; váyase usté de aquí ..

JUL. Me iré, me iré... cuando desembuche.

M. JESÚS Pos desembuche usté pronto—pa no verla más—y suerte usté to er veneno que traiga; pero mírese usté mucho antes e desí tanto asín de mis hijas. Mis hijas son sagrás pa usté y pa to er mundo.

JUL. ¡Ja, ja, ja! Me da usté lástima... ¡Ahora soy yo la que está ensima!...

M. JESÚS ¿Acaba usté?

JUL. Comadre de mi corasón y de mis entrañas: ¿sabe usté por casualidá en dónde está á estas horas Rosa María?

M. JESÚS Pos dando un paseo con Charito.

JUL. ¿Con Charito?

M. JESÚS Y con su novio. ¿Qué tiene usté que desí de eso?

JUL. De eso, na; pero se conose que ha habío una buya y han perdío de vista á Charito...

M. JESÚS ¿A Charito?

JUL. Sí; porque yo me los he encontrao mu juntos á los dos... solitos con sus pensamientos... y por una caye... ¡ay, qué caye!...

M. JESÚS ¡Mentira!

JUL. (Con fruición.) ¡Yo! ¡yo! ¡yo! ¡Yo los he visto! ¡yo! ¡Con estos ojos! ¡con estos ojos! ¡Yo! ¡yo! ¡yo!

M. JESÚS ¡Mardita sea tu arma! ¡Vete ya e mi güerto, si no quiés que te ajogue ahora mismo! ¡Quitate de mi vista pronto, mala mujé, mala flera!... ¡Qué más quisieas tú, sino que fuera verdá lo que estás inventando!

JUL. ¡Inventando... sí!... ¡Ya estamos iguales, ya estamos iguales!...

M. JESÚS ¡Iguales! ¡Esa es tu pesaiya, condená! ¡esa es tu pesaiya!... Pero ¿sabes lo que te digo?

Que los peores pensamientos e mis hijas los quisiean las tuyas pa dí con eyos á la Iglesia! ¡Vete ya, bicho malo! ¡Fuera de aquí, que manchas! ¡Vete, que me paese que veo ar demonio cuando te veo! ¡A la caye, al arroyo, ande debes está, mardesía!...

(Al escándalo acuden Angeles de la calle, el Abuelo y Barrena de la casa y Consuelo del interior del huerto.)

ESCENA XII

DICHAS, ANGELES, CONSUELO, el ABUELO y BARRENA

ANG. ¡Madre! ¿qué es esto?

CONS. ¿Qué susede? ¡Juliana! ¡Madre!

M. JESÚS ¡Fuera, fuera de aquí!

ABUELO ¿Qué pasa, hija?

BAR. ¡Adiós! ¡Nos caímos!...

CONS. ¿Qué pasa, madre?

M. JESÚS ¡A la caye esa mujé! ¡A la caye esta gente mala!

ABUELO Pero ¿qué ha sío?

M. JESÚS ¡A la cave!

CONS. Madre, déjela usté, que bastante tiene...

JUL. ¡Bastante tengo, sí, bastante tengo!... ¡Ja, ja, ja!... Toas tenemos lo mismo, hija. (A Barrena, dándole pellizcos y empellones.) ¡Arsa tú pa casa, cobardón! Estas viendo que me insurtan y no me defiendes... ¡Asín te parta un rayo!...

BAR. Agüelo: ¡una camelia!

JUL. ¡Arsa pa alante!

BAR. Ya voy, mujé, ya voy... no arrempujes...

JUL. ¡Quearse con Dios, familia e santas!... ¡Ja, ja, ja!... (Vase babeando y riéndose con Barrena, á quien no deja de empujar.)

ESCENA XIII

MARÍA JESÚS, CONSUELO, ANGELES y el ABUELO, luego CHARITO

M. JESÚS ¡Víbora!...

CONS. Pero ¿qué fué, madre?

ANG. Madre, ¿qué ha susedío?...

M. JESÚS (Sin atenderlas, y mirando hacia la puerta del huerto, desahoga su ira contra Juliana.) ¡Más que víbora!... ¿Te escuese la honra ajena, verdá?

ABUELO Mujé, ¿quiés contarnos?...

M. JESÚS ¡Si no te dejo ni limpiá con la lengua er suelo que eya pisa!...

ABUELO Pero ¿te ha fartao?

M. JESÚS ¡Iguales! ¡iguales!... ¡Eso quisieas tú, saco e veneno!...

CONS. Madre, tranquilísese usté...

ANG. ¡Por la virgen, madre!

M. JESÚS ¡Si el infierno lo han inventao pa tirarte á tí de cabesa! ..

ABUELO María Jesús, por Dios...

M. JESÚS ¡Malos lobos te coman! ¡Te farte la salú mientras vivas! ¡En sagrao no te entierren, por mala! (Volviéndose á los suyos y llorando.) ¿Habeis visto lo que dise esa infame mujé?

CONS. ¿Qué dise?

M. JESÚS ¡La mayó viyanía, hijas e mi sangre!

ANG. ¿Cuá?

(Llega en este momento Charito, demudada y trémula. Su presencia es una terrible revelación para María Jesús, la cual da un grito de dolor y de espanto al verla sola.)

ABUELO ¡Charito!

M. JESÚS ¡Charito! ¿Y tu hermana? ¿Y tu hermana, Charito?...

CHAR. Madre, me he perdío de eya...

M. JESÚS (Con angustia y profundo dolor.) ¡Ay!... ¡ay!...

CHAR. No he podío encontrarla...

M. JESÚS (Con arranque enérgico, yendo hacia la puerta.) ¡Yo la encontraré!... ¡Rosa María! ¡Rosa María!

ABUELO (Conteniéndola.) ¿Ande vas, loca?

CONS. (Lo mismo.) Madre, no es pa tanto...

M. JESÚS ¿Que no es pa tanto? ¿Qué saben ustedes? ¡Dejarme que la busque! ¡Dejarme, digo!... ¡Rosa María! ¡Rosa María! (Logra desasirse y se precipita hacia la calle llamando á su hija. Cae rápidamente el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La acción se desarrolla en el mismo lugar que los actos primero y segundo. Aunque desde entonces acá ha transcurrido más de un año, sólo se observan en el huerto variaciones leves. Es una noche de verano, clara y serena.

ESCENA PRIMERA

BERNARDO y el ABUELO. MARÍA JESÚS

(El Abuelo está sentado cerca de la puerta del huerto Bernardo llega de la calle.)

BERN. Abuelo, buenas noches.
ABUELO Dios te guarde, muchacho. ¿De ande vienes?
BERN. De dar una vuelta por ahí, buscando aire fresco.
ABUELO ¿Y lo has encontrao?
BERN. Ni en la misma orilla del río. Como aquí no lo haya...
ABUELO Siéntate.
BERN. ¿Y Consuelo?
ABUELO Contándole cuentos á la gente menúa.
BERN. ¿Está la otra con ella?
ABUELO Sí.
BERN. ¿Más tranquila ya?
ABUELO Argo, pero no mucho.
(Bernardo saca un cigarrillo, le da al Abuelo otro y am-

bos fuman. María Jesús pasa en silencio de la puerta de su casa que está frente al público, á la calle.)

BERN. ¡Pobre María Jesús! Es otra mujer. Mentira parece que en un año...

ABUELO En poco más de un año; cabá... Catorse meses hiso antié que levantó er güelo la paloma.

BERN. Y menos mal que ha vuelto al nido.

ABUELO Porque tú la trajiste...

BERN. No, no lo crea usted. Ella estaba dispuesta á venir. Si algo la detenía era el peso de la culpa, los remordimientos... Cuando yo la encontré la otra noche en la calle, la ví llena de vergüenza, temerosa... asustada... Quería entrar en el huerto y no se atrevía. Al llamarla yo por su nombre y conocer mi voz, se quedó blanca, yerta... ¡Pobre criatura!

ABUELO Pagando está de sobra su mala partía, no te pienses. Er día y la noche se los pasa yorando como una Mardalena: tiene las mejiyas escardás... Las mirás más inosentes de nosotros la hasen bajá la vista pa er suelo; los consuelos de sus hermanas le punsan como espinas á la pobre; una carisia que le haga su madre la deja helá, sin vía, sin respiro...

BERN. Es claro; en estos primeros momentos... Pero deje usted que el tiempo ande, que ella se convenza de que aquí no se le guarda rencor, de que hasta su madre la perdona, y entonces... Como yo creo que está sinceramente arrepentida... (El Abuelo hace un gesto.) ¿Usted no lo cree?

ABUELO Que esté arrepentía sí lo creo; pero eso vale poco, mientras viva ese piyo que la engañó... Ahí está er peligro.

BERN. Pues á mí me ha jurado que antes se sacará los ojos que volver á mirar á ese hombre.

ABUELO Eso es como si un girasó te jurara no mirá más que pa la tierra. Si está en su naturá seguí ar só por donde quiea que vaya, ¿qué vale er juramento?

BERN. Sin embargo...

ABUELO No seas inosente, chiquiyo. Mira: tú has visto acá día por día, durante un año entero,

er doló contino de esa madre; tú la has visto yorá y más yorá yamando á su hija, con una voz de pena honda que hasta á las flores les daban repelucos... tú lo has visto to y to lo sabes, porque tú con tu labia y con tu sentío eres el único que ha podío consolarla argunas veses... Pos güeno: Rosa María ha güerto y ha comprendío los sufrimientos e su madre; Rosa María la ha visto envejesía y esplomándose por curpa de eya; á Rosa María la han perdonao tos en esta casa, hasta *Lusero*, er perro, que la resibió con sartos de alegría y le lamió las manos... y sin embargo, yo te apuesto á tí lo que quieras á que esa golondrina da mu pronto otro voletío.

BERN. Más sabe usted que yo, pero estaba por apostarle lo contrario. ¿No es ella la primera que al encontrarse sola, rodando por ahí, ha visto como único refugio su huerto? Este ambiente de paz y de sosiego, esta atmósfera de honradez, ¿cree usted, abuelo, que no han de poder nada sobre su corazón?

ABUELO Sobre su corasón... y sobre su consiensia, que es lo malo. Créeme tú á mí, chiquiyo; lo que hay que pedirle á la Virgen es que er charrán que la perdió no se le presente.

BERN. ¿Sabe usted si anda por Sevilla?

ABUELO Por Seviya anda: la otra tarde lo ví en er Duque.

BERN. En ese caso... Hombre, ¿y si lo quitáramos de en medio de alguna manera?

ABUELO (Viendo á Charito, que sale por la izquierda del huerto.) Cáyate, que viene Charito.

ESCENA II

DICHOS y CHARITO; después ANGELES y JUAN ANTONIO. Al final, MARÍA JESÚS

BERN. Charito, buenas noches.

CHAR. (Con tristeza.) Güenas noches, Bernardo.

BERN. ¿Qué te pasa que traes esa carilla tan mustia?

CHAR. Que vengo de enterrá er jirguero.

BERN. ¿Cuál? ¿Periquito?

CHAR. Er pobre Periquito. Se me ha muerto esta tarde.

BERN. ¡Vaya por Dios! ¿Y de qué se te ha muerto?

CHAR. De está en la jaula, digo yo que habrá sío. Como era tan rabioso...

ABUELO Pos en dos días yevas tres entierros, mujé. (A Bernardo.) Er canario de la raya ar lao también *espichó*.

BERN. ¿También?

CHAR. Güeno, pero ese fué de anginas.

(Llegan de la calle Angeles y Juan Antonio, ella rozagante y alegre, él mustio y abatido. Cada uno trae en brazos una criaturita de pecho, exactamente iguales las dos. Huelgan en absoluto los comentarios.)

J. ANT. Santas y buenas noches... Abuelo... Bernardo... Charito...

BERN. Buenas noches.

ABUELO (Levantándose.) ¿Ustedes por aquí á estas horas?

CHAR. ¿Habéis visto á madre?

ANG. Ahí en la puerta la hemos visto, sí.

CHAR. Sentarse un poco.

ANG. Nos vamos á dí de seguía, sino que pasábamos por aquí y no quisimos pasá de largo.

ABUELO (A Juan Antonio, cogiéndole el chiquillo y besándolo.) Dame tú acá este moso güeno.

CHAR. (A Angeles, lo mismo.) Dame tú á mí este rey der mundo.

ANG. Cuidao con é.

BERN. ¿Qué hay, Juan Antonio? ¿Cómo va esa salud?

J. ANT. Medianamente. Diga mi mujer lo que quiera no estoy bueno. Se me va la cabeza... tengo el estómago perdido... las piernas me bailan... pero así, que me bailan...

BERN. ¿Qué haces tú que no lo cuidas, mujer? Porque él te tiene á tí de buen año. Mira qué colores: da gloria verte.

J. ANT. Es que esta por poquito yerra la vocación: le ha sentado el matrimonio bastante mejor que le hubieran sentado las tocas.

ANG. (En tono de cariñosa reconvención.) ¡Juan Antonio!

BERN. (Riéndose, y pasándole una mano por la espalda con familiaridad.) ¡Ja, ja, ja! ¡No le gusta que le diga usted eso!

J. ANT. (Dando un respingo.) ¡Por los clavos de Cristo, no me pase usted la mano por la espalda!.. —Y que ya ha empezado otra vez con los antojitos... ¿Se entera usted, abuelo?

ABUELO ¡Muchacha!

ANG. No le haga usté caso á este charlatán.

J. ANT. A mí se me han puesto los pelos de punta. Sí; porque si da en la flor de traérmelos por colleras, como los palomos .. ¡apaga y vámonos! (Todos se ríen de la ocurrencia.)

ANG. (Ruborosa.) Verás tú cuando yeguemos á casa, sinvergonsón. (A Charito.) Oye, ¿y Rosa María?

CHAR. Más sosegá está la pobresiya, ¿verdá, agüelo?

ABUELO Así, así anda...

J. ANT. ¡Lástima de criatura! No se me cae de la imaginación un momento.

BERN. ¿La llamo aquí, Angeles?

ANG. No; déjela usté. Yo vendré mañana de día más despasio. Tengo que echá con eya un párrafo mu serio.

J. ANT. Mira, mira, no vayas tú á tomar ese tono de abadesa que empleas conmigo... Bastante tiene la pobrecita con lo que tiene.

ANG. ¿Tú que sabes? Si eya es capaz de recogimiento y güena condurta, er Señó le perdonará su mala arsión. Dios es mu güeno, pero una debe poné de su parte to lo que puea.

J. ANT. Amén. (Se ríen todos.)

ANG. Vaya, esta noche te ha dao la ventolera por abochornarme. Vámonos ya pa casa Trae acá mi niño, Charito. (Besándolo con efusión.) ¡Santito e mi sangre!

J. ANT. Abuelo, deme usted á mí el mío. ¡Curita de mi corazón!

ANG. Escucha, Charito: ¿cuándo vas á dí por ayí?

CHAR. A vé si voy mañana.

ANG. Ya verás cómo he puesto la capiya.

J. ANT. Está preciosa.

ANG. ¡Y qué manto er que ha regalao doña Carmen!... Por supuesto, lo que yo he tenío que trajiná ayí, Dios me lo tome en cuenta. Los candelabros e plata de tos los artares, hasía más de un año que no veían la tisa; los dorraos tos estaban cuajaitos de manchas e sera; á toas las imágenes las he tenío que lavá con claras e güevo... En fin, aqueyo ha sío no sosegá. Pos en la sacristía, tres cuartos e lo propio. Lo menos cuatro manos e cá he tenío que darles á las paredes... Había ayí unas pinturas medio borrás der tiempo, y no he parao hasta dejarlo to blanquito, blanquito, blanquito.

BERN. ¡Ave María Purísima! ¡Buena la has hecho!

ANG. ¿Que si la he hecho? ¡Superió! Vaya usté por ayí y se queará con la boca abierta. Y vámonos nosotros.

ABUELO Los acompaño á ustés hasta la esquina.

CHAR. Mañana iré yo á verte, ¿eh? (Besa á su hermana y á los chiquillos.)

ANG. Pos yévate unas flores pa ayá; no se te orvíe.

CHAR. Descuida.

J. ANT. Con Dios, Bernardo.

BERN. Vayan ustedes con Dios.

J. ANT. (Estremeciéndose.) ¡Cuidadito con tocarme en la espalda!

BERN. No tenga usted cuidado, hombre.

(Se van el Abuelo, Angeles y Juan Antonio.)

CHAR. Esta hermana mía, metía entre santos y entre curas no se cambia por nadie.

BERN. Y al otro ya no le bailan las eses. Ahora son las piernas las que le bailan.

CHAR. Vente tu conmigo pa ayá arriba, que tenemos que hablá los dos.

BERN. ¿Sí? ¿Cosa grave?

CHAR. No deja de tené gravedá, no te creas (Se va con Bernardo por el fondo del huerto.)

BERN. Pues dí.

CHAR. Aguárdate á que nos sentemos junto á la arberca, que es un sitio mu propio.

(Queda la escena sola. Pasa María Jesús de la calle á la izquierda del huerto, sin decir palabra.)

ESCENA III

CONSUELO y ROSA MARÍA

(Salen las dos, abrazadas por la cintura, por la puerta de la casa que da frente al público.)

CONS. Anda, sarte aquí, que ahí dentro ahoga la caló.

R. MARÍA Me da lo mismo: estoy que ni siento ni paezco.

CONS. Pos eso no vale. Es menesté que te sosiegues y que te animes. Güerve á sé la que eras.

R. MARÍA ¡La que era!...

CONS. Siéntate.

R. MARÍA (Obedeciéndola maquinalmente.) No te vayas tú.

CONS. Tengo que acostá á aqueyos demonios.

R. MARÍA Déjalos un ratiyo más y quéate aquí conmigo. (Consuelo se sienta á su lado.) No sé por qué, me hayo á tu vera más á gusto que ar lao de nadie. Junto al agüelo, junto á Charito, junto á madre, estoy acorralá, temiendo argo que no sé lo que es... Junto á tí estoy tranquila.

CONS. Pos ya tú ves que acá tos semos lo mismo y tos te queremos iguá, Rosa María.

R. MARÍA ¡Qué se yo!... Me mira madre de una manera... Yo no sé cuándo me hase más daño: si cuando se aserca á mí y me da un beso, ó cuando la veo pasá por er güerto cayá como una sombra.

CONS. Pa la pobre ha sío un gorpe mortá; eso tú lo sabes... Pa tos nosotros ha sío una pena como ninguna; yo no te sé engañá... Pero eya y tos te hemos perdonao, y ahora lo que queremos es que sea verdá que estás arrepentía...

R. MARÍA ¡Qué güena eres!... ¡Si vieras cuánto me he acordao de tí!... Ca vez que ese mal hombre hasía conmigo una felonía, nosé por qué eras tú la única de acá que se me representaba

en er pensamiento. Un día yegó á pegarme; me amenasó con abandonarme pa siempre; huyó de la casa; me dejó sola... Y yo yoré y yoré, y mientras yoraba se me vino á la idea er despego con que tú lo resibiste la primera vez que entró en er güerto; y me acordé también de aqueya tarde e toros en que me dijiste al oído: «Rosa María, cuidao con ese hombre.» Paese que te estoy oyendo toavía: fueron tus palabras... Pero yo estaba siega, siega... no vía na.

CONS. Si no fuera por eso, no tendrías perdón de Dios ni de nosotros.

R MARÍA Créeme que estaba siega... La tarde e mi desgrasia fué lo mismo: hasta er pensamiento se me segó. Perdí er sentío y la memoria: ni me acordaba de tí, ni de madre, ni de ninguno... No vía más que á Gabrié; pa mí no había familia, ni mundo, ni na: Gabrié por dentro e mí; Gabrié por fuera; mi arma de Gabrié; de Gabrié mi cuerpo... Nunca he sabío lo que es no tené voluntá hasta aqueya tarde. Tú, como no has querío á ningún hombre, no pués comprendé esto.

CONS. Sí lo comprendo, sí; ¿no ves tú que yo estoy acostumbrá á quererlo to de esa manera? ¿En dónde hay na como fartarle á una misma tiempo pa quererse, por tené repartío er corasón ar reó suya?

R. MARÍA Lo malo es cuando se echa er cariño en tierra farsa, como á mí me ha pasao. ¡Miá que darle yo á ese lobo ladrón toa mi persona y tené való de abandonarme!.. ¡Quién me lo había e desí!... De aquí de Seviya nos fuimos á Málaga y ayí vivimos una temporá tranquilos y contentos.. Lo único que á mí me punsaba como una saeta de cuando en cuando, era la idea de acá... «¿Qué pensaría mi madre? ¿cómo estaría?» Esto cuando yo me queaba sola. En cuanto lo tenía delante se me borraba to: ni madre, ni güerto, ni flores, ni hermanas... Gabrié: su mirá, sus carisias, sus dichos grasiosos... ¡Mardito sea sien veses er nombre que yeva!

CONS. Vamos, mujé, no te atormentes más recordando cosas que ya no tienen remedio... Pasó, Dios sabrá por qué, y na vas á conseguí con repetírtelo...

R. MARÍA No me quites este consuelo, que en él está mi vía. Pensá en eyo, pensá, darle güertas en la cabesa, recordarlo siempre... Er viaje á Málaga; er sarto á Madrí; los primeros dijustos; la vez que me pegó—¡paese que es ahora, según me duele!—su abandono infame; mi vía de luego... ¡Qué vergüensa, Dios mío, qué vergüensa! Vete, Consuelo, vete; déjame, que mi rose mancha, y yo no quieo mancharte á tí... Tú eres pa mí como aqué rosá de virgen que yo cuidaba antes e mi caía...

CONS. ¿Te vas á gorvé loca, mujé?... ¡Er rosá de virgen!... Güerve á cuidarlo, rósate con é, que á é no se le ha de pegá na malo tuyo, y lo que á tí se te pegue de é tiene que sé güeno. (Levantándose.) Y basta e yantina, que vas á ponerte mala y te vas á morí, y no vas á tené tiempo pa gosá de haberte arrepentío.

R. MARÍA Mejó, si me muriera. Se acabó pa siempre la yerba mala: un año e luto... y er güerto como antes.

CONS. Mira, á vé si te cayas. Entrate por ahí, que esa vista y esos olores te harán mucho bien... Anda, vete. (Rosa María se levanta.) Yo vendré á buscarte otra vez en cuanto acueste á los chiquetiyos; que estarán las pobres criaturitas cayéndose de sueño. No lo pienses más. Anda...

R. MARIA Lo que tú quieras.

CONS. Dame un beso. Y te arvierto que esta conversasión se ha acabao. ¿Lo oyes?

R. MARIA Sí.

CONS. Se ha acabao. (Éntrase en la casa.)

ESCENA IV

ROSA MARIA

(Después de llorar un rato en silencio.) No pué sé; no pué sé... No pueo viví á la vera e mi gente. Seis días que yevo aquí me han paresío seis siglos... Este cariño con que me pagan er má que he hecho, viene como á agrandá mi curpa... No pué sé... no pué sé... ¡Me voy der «Güerto e las Campaniyas» pa siempre! Hasta los mismos árboles pienso que me señalan... y cuando er viento los sacude se me figura que hablan de mi caía... ¡Me voy, me voy! Mi puesto ya no está aquí: aquí estorbo, aquí daño, aquí soy una planta mardita... Roaré, si es que roá es mi suerte... (Llora.)

ESCENA V

ROSA MARÍA y GABRIEL

(Gabriel, que viene de la calle, se acerca cauteloso á Rosa María y le habla con voz sorda. Rosa María, vencidos el espanto, la sorpresa y el arranque de odio que le produce la llegada de Gabriel, no escucha al fin sino la voz de su pasión primera, que surge viva al contemplarlo.)

GAB. Negra, ¿por qué yoras?
R. MARIA ¡Gabriél!
GAB. ¡Negra mía!
R. MARIA ¡Vete! ¿No te habías muerto? ¿No te habían matao, asesino, ladrón? ¡Vete!
GAB. ¡Contigo!
R. MARIA ¡Conmigo! ¿Tienes való de hablarme?
GAB. Porque no tengo való pa morirme solo.

R. MARIA Yegas tarde pa que te crea: me has engañao mucho, gitano. ¡Vete, vete! ¡Tú eres mi perdisión! ¡Vete!

GAB. Cuando tú me mires como antes.

R. MARIA ¡Entonses nunca!

GAB. ¿Nunca? ¿Vas á sé tan crué?

R. MARIA Esa palabra en tus labios es un insurto.

GAB. Pon tú la que quieras.

R. MARIA ¡Traisionero! ¿Te gusta?

GAB. Me gusta porque viene de tí; porque sale de esa boca ensendía.

R. MARIA ¡Mentiroso! ¡farso! ¡Quítate de mi vista! ¡Déjame!

GAB. ¿Y quién te va á mirá como yo te miro?

R. MARIA Pa engañarme, na más que tú.

GAB. ¿Siempre ha de sé lo mismo? Prueba á verlo.

R. MARIA Probé cuando hiso farta.

GAB. ¿Es que no sabes perdoná? Porque yo he aprendío á arrepentirme. (Cogiéndole una mano.) Ven acá, gitana...

R. MARIA ¡Suértame!

GAB. No te empeñes: si ar fin ha de sé... ¡si hemos nasío pa achicharrarnos los dos juntos!

R. MARIA ¡Suértame!

GAB. ¿Te lastima mi mano?

R. MARIA Me lastimas tú... ¡Suértame, te digo!

GAB. (Obedeciéndola.) Suértame tú á mí el arma, que me la tienes presa.

R. MARIA ¿Hasta ahora no lo ha estao?

GAB. ¡Hasta ahora no lo he visto! Negra de mi vía, mora de mi arma, ¡mírame como antes!

R. MARIA (Resistiéndose sin resistirse.) ¡No quiero... no quiero!...

GAB. ¡Mírame!

R. MARIA ¿Pa qué? ¿Pa que dentro e un año vengas á desirme lo mismo?

GAB. No; ahora no. He nesesitao separarme de tí pa vé lo que te quiero.

R. MARÍA Yo también he nesesitao que te separes, pa convenserme de que es mu poco.

GAB. Es más de lo que piensas: por eso vengo.

R MARÍA (Con dolor y esperanza: espontáneamente.) ¡Ay, si fuera verdá!...

GAB. Lo es: no lo dudes.

R. MARÍA ¿Cómo no ví á dudarlo?

GAB. Yo te juro que es tan verdá como tu cariño.

R. MARÍA ¿Qué sabes tú de eso?

GAB. Porque lo sé lo juro: tu cariño es lo más sierto que conozco. ¿Te atreves tú á jurarme que no me quieres? Responde, morena. (Viéndola convencida.) Pero no, ¿pa qué? no respondas.

R. MARÍA (Rindiéndose al cabo.) ¡Gabrié! ..

GAB. ¡Rosa María!... ¡arma de mi arma!. . ¿Lo estás viendo?

R. MARÍA ¿Pa qué has venío?

GAB. Pa yevarte conmigo otra vez y no dejarte nunca.

R. MARÍA ¿Nunca, Gabrié?

GAB. ¡Nunca!

R. MARÍA Si es pa eso, ahora es cuando quiero que lo jures en cruz por mi cariño.

GAB. ¡Jurao está!

R. MARÍA ¡Gabrié mío! ¡No me engañes, por Dios!

GAB. ¡Por Dios que no te engaño!

R. MARÍA ¡Si vas á dejarme otra vez, mátame primero!

GAB. ¡Como mis besos no te maten!...

R. MARÍA ¡Tus besos!... ¡Pensé que nunca más gorverían!

GAB. Vámonos.

R. MARÍA Vete tú.

GAB. Sin tí, no.

R. MARÍA Aguárdame serca: no sargamos juntos de aquí.

GAB. ¿Pero vendrás?

R. MARÍA Detrás e tí siempre: ¡si es mi sino!

GAB. ¿Y tu gusto?

R. MARÍA ¡También!

GAB. En la puerta e la Iglesia estoy.

R. MARÍA Ayá iré yo.

GAB. ¿Pronto?

R. MARÍA ¿Me esperas tú y me lo preguntas, ingrato?

GAB. No tardes, paloma.

R. MARÍA Descuida, gavilán. (Vase Gabriel rápidamente.) ¡Con é... con é!... ¡A sufrí, á pená, á lo que sea... pero á la vera suya, á la vera suya! ¡Madre, perdóname! «¡Güerto e las Campa-

niyas,» adiós pa siempre!... Mi mantón, mi mantón, y fuera de aquí (Entrase corriendo en la casa.)

ESCENA VI

MARÍA JESÚS y ROSA MARÍA

(Aparece María Jesús por la izquierda del fondo y viene hacia la casa. Cuando va á entrar por la puerta de frente al público, sale Rosa María presurosa, acomodándose un mantoncillo negro sobre los hombros. La presencia de su madre la desconcierta y la detiene.)

M. JESÚS ¿Ande vas, hija?
R. MARÍA (¡Jesús!)
M. JESÚS ¿Ande vas ahora?
R. MARÍA A la caye.
M. JESÚS ¿A la caye, á qué?
R. MARÍA A buscá una cosa pa Consuelo. ¿Va usté á acostarse ya?
M. JESÚS Sí. Estoy rendía: no pueo con mi cuerpo.
R. MARÍA Pos hasta mañana.
M. JESÚS Si Dios quiere. (Se besan con calor intenso de pena y de cariño. Rosa María se va; María Jesús se queda parada viéndola irse.) ¡Qué pena de hija, Dios mío!... Rosa caía y manchá de barro, ya nadie pué quererla pa su casa. ¡Qué pena de hija!... ¡Adentro, María Jesús, á yorá por eya!... (Entrase en la casa. Queda la escena sola unos instantes.)

ESCENA VII

BERNARDO y CHARITO

(Salen por la derecha del fondo y vienen hacia la casa, ante cuya puerta principal se detienen.)

BERN. Ten mucho cuidado, Charito, que estas cosas que empiezan por un capricho son luego las más graves.

CHAR. No me dará tan fuerte: descuida.

BERN. Por si acaso, bueno es que recuerdes aquella copla que me enseñaste el otro día.

CHAR. Te he enseñao tantas...

BERN. *De cera son las puertas*
de los amores;
cuenta que á la salida
ya son de bronce.
Y que á la entrada
suelen estar abiertas;
después, cerradas.

CHAR. No se me orvidará la lersión. (Va á irse y Bernardo la detiene.)

BERN. Oye otra cosa.

CHAR. Déjame ya, que son las onse y me estará esperando. ¿Qué te parese? ¿le doy calabasas ó no?

BERN. Eso, tú allá; no quiero responsabilidades...

CHAR. Güeno, lo pensaré de aquí á la ventana.

BERN. Anda con Dios... Y á ver si creces, ahora que tienes novio.

CHAR. No, que le gusto así. Miá lo que me cantó la otra noche en una fiesta:
¡Várgame Dios, qué dicha
si yo ia logro:
una mujé que apenas
me yega al hombro!
(Bernardo suelta la risa y ella se mete corriendo en la casa.)

ESCENA VIII

BERNARDO. CONSUELO, dentro.

BERN. También esta se va: ya está en camino... Se van todas... cada una á su lugar, á su sitio... como estas de aquí, las que da la tierra, pero todas á alegrar la vida... (Pausa. Se sienta.) ¡Qué hermosa noche, llena de misterio y de paz!... Calma profunda, hermana de la que voy sintiendo en mi espíritu; por eso

la comprendo tan bien... Todo reposa... todo duerme... El temblor de las estrellas es el único movimiento visible... (En voz baja.) Da miedo alzar la voz... De cuando en cuando, se levanta un airecillo tan leve que ni siquiera sacude una hoja, pero que trae á mis sentidos olores frescos de jazmines y nardos... Seguramente que Consuelito, en su pintoresco lenguaje, dirá de esos soplos que son suspiros de la tierra. Y puede que tenga razón, porque esa mujer habla siempre con la razón del sentimiento, que al fin y al cabo vale más que la otra. ¡Bendita sea mi madre, que frecuentaba este huerto en vida; que me dejó esta herencia de cariño! Acaso sabía el bien que había de hacerme. Los aromas de este huerto se han metido en mi corazón poco á poco... y me han dado la vida... (Pausa. Oyese dentro de la vivienda, no muy lejos, la voz de Consuelo que canta dulcemente la nana. Bernardo la escucha con deleite.)

CONS. *Esta niña chiquita*
no tiene madre;
la parió una gitana,
la echó á la caye.
La echó á la caye;
esta niña chiquita
no tiene madre.

BERN. Es ella, durmiendo á Luisilla. ¡Qué encanto de muchacha! Tiene llena toda su alma del sentimiento del hogar... (Nueva pausa.) Vuelve otra vez á suspirar la tierra... y ahora más fuerte. ¡Qué hermosura de brisa!...

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido...

(Sale Consuelo.)

ESCENA IX

CONSUELO y BERNARDO

BERN. Consuelito, ¿quieres dormirme á mí?

CONS. ¡Bernardo! ¿Pero estás ahí toavía?

BERN. Y no me voy.

CONS. ¿Qué hases tan solo?

BERN. Esperar á que tú me acompañes.

CONS. Pos ahora no pueo. Voy á buscá á mi hermana.

BERN. ¿A Rosa María? Déjala estar sola, mujer; lo mejor es eso. A ella le conviene la soledad, y á mí que tú te quedes. Siéntate.

CONS. Vaya que sea.

BERN. Pero aquí, á mi lado.

CONS. Ya eso es mucho ersigí. Pides más que un loro.

BERN. ¿Me das esa flor?

CONS. ¿No digo? ¿Pa qué la quieres?

BERN. Para tenerla.

CONS. Si no es más que pa eso, tómala. Yo la había reservao pa mi novio, pero en fin...

BERN. ¿Te ha salido ya novio?

CONS. Ni me sale. No tengo yo grasia.

BERN. ¿Qué flor es esta, tú?

CONS. Una diamela.

BERN. ¿Una diamela?

CONS. ¿Extrañas er coló? Es que se ha criao junto á un clavé granate, se ha enamorao de é... y por eso ha tomao ese tinte.

BERN. ¿También las flores se enamoran, ó son cosas tuyas?

CONS. Formá te lo digo. Solo que yo no quiero amores más que de personas, y me yevé er clavé al otro lao der güerto...

BERN. Eso es envidia, porque á tí no te ha salido novio.

CONS. Mejó. Hablemos de otro asunto. ¿En qué estabas pensando cuando yo salí?

BERN. En tu persona.

CONS ¡En mi persona tú!...

BERN. En tí pensaba, Consuelito. ¿Acaso tú no piensas nunca en mí si no estoy presente?

CONS. Ar contrario: más pienso en tí cuando no te veo. Porque cuando te veo, como te tengo elante, no tengo que pensá.

BERN. Y cuando no me ves, ¿qué piensas?

CONS. ¿Cómo voy yo á acordarme? De seguro que no es na malo.

BERN. ¿Tan bien me quieres?

CONS. Más malamente quiero á otras personas, mira tú. ¿Te pasa á tí lo mismo?

BERN. A mí lo que me pasa es que te quiero á tí como á ninguna.

CONS. ¿De verdá, Bernardo?

BERN. De verdad, Consuelo.

CONS ¿Tantos méritos tengo yo?

BERN. Para mí, muchos. (Pausa.) Y ahora ¿en qué piensas?

CONS. En lo que acabas e desirme.

BERN. ¿Te sorprende, quizás?

CONS. Me ha sobrecogío, no te lo niego. Y eso que hay tantas maneras de queré...

BERN. De querer un hombre á una mujer no hay más que una sola.

CONS. Míralo bien, que hay muchas.

BERN. Según...

CONS. Pos según digo yo.

BERN. Si el cariño es de amor, no debe haber más que una sola. ¿Y ahora, me entiendes?

CONS. No me atrevo á entenderte, Bernardo...

BERN. Yo haré que te atrevas, Consuelo... Yo he venido á tu huerto día por día, hora por hora á veces, atraído no sólo por el recuerdo de mi madre y por el encanto de estas flores y de estos frutos, sino también por el cariño que he hallado en ustedes, especialmente en tí, y que ha sido un alivio de mi soledad y de mis tristezas... ¿Estás temblando? ¿Qué te pasa?

CONS. Na: sigue tú.

BERN. Poquito á poco, á medida que este ambiente se me ha ido pegando al espíritu, hasta

transformarlo, todos esos afectos los he fundido yo sin darme cuenta en uno solo: en el tuyo... Tú eres para mí la encarnación de todos ellos; tú eres el huerto mismo...

CONS. ¿Er güerto yo?

BERN. Sí: sus olores están en tu cuerpo, en tus ropas; sus flores en tu cara; su cielo y su luz en tus ojos; su poesía en tu alma, Consuelillo. Estoy enamorado de tí como el clavel de la diamela... Mi alma ha tomado ya el tinte de la tuya... ¿Me mandarás como al clavel á un rincón del huerto?

CONS. En eso estoy pensando.

BERN. Pero ¿me quieres?

CONS. ¿Nesesitas preguntármelo, torpe?

BERN. ¡Consuelo!

CONS. Yo sí que yegué á creerme que me habías arrinconao tú á mí como si fuea un capricho de tantos tuyos.

BERN. ¿Por qué?

CONS. Por lo que has tardao en desirme una cosa que yevo dentro e mí como un farolito desde er segundo día que nos hablamos.

BERN. ¡Y yo sin ver ese farolito! ¡Ciego!

CONS. Mi sueño has sío tú, Bernardo; pero estábamos tan lejos el uno del otro, que ocurtaba mi queré como un pecao pa que nadie me lo afeara. Ni mi madre, ni mis hermañas, ni mi agüelo han sabío adivinarlo en mis conversasiones: es la única cosa que ha vivío en mi corasón pa mí solita. «Si esto pudiera sé... si ér se fijara en mi persona...» pensaba yo casi toas las noches. Pero luego desía: «¡Como que va á está pa tí, so tonta!»

BERN. Pues ya ves: para la tonta estaba.

CONS. ¡Qué felisidá!

BERN. ¡Felicidad la mía! ¡Ya no estoy sólo: ya tengo compañera! ¿En dónde pondrás tú la mano, Consuelillo, que no sea para causar un bien?... Mi casa te está esperando sola y triste: ven allá: alégrala y llénala de vida.

CONS. Tráemela aquí, como tú has venío... Más fasi es que tu casa quepa en er güerto, que no er güerto en tu casa.

BERN. ¿Qué dices?

CONS. Ingrato, ¿ya quiés dejá to esto? ¿Estás tú seguro de que me querrías lo mismo si no me vieras á toas horas entre mis flores? Aquí he nasío y aquí he de viví: si me sacas de aquí, me muero. Ar lao de mi madre, envejesía y quebrantá; ar lao de mis hermanas, que nesesitan de mi sombra; ar lao de esas tres criaturitas que tengo á mi amparo... ¡Ajolá ar morirme me enterraran también aquí, en un rincón, junto á los pájaros de Charito!

BERN. ¡Bendita seas! No seré yo tan cruel que te arranque de lo que tanto quieres... y de lo que tanto quiero yo también. (Pausa.) ¿Me das un beso?

CONS. ¿Te corre mucha prisa?

BERN ¡Si supieras los que te he dado sin tocarte!

CONS. Pos vamos á seguí así otro poquiyo e tiempo.

BERN. ¿Mucho?

CONS. Hasta que yo quiera: ¿te parese?

BERN. Tú mandas.

ESCENA X

DICHOS y el ABUELO

(Llega de la calle el Abuelo, á tiempo de sorprender el íntimo coloquio.)

BERN. ¡Abuelo, deme usted un abrazo!

ABUELO (Obedeciéndolo.) Ya está... ¿Se te ofrese otro?

BERN. El otro déselo usted á Consuelillo.

ABUELO Mejó pa mí. ¿Queréis desirme ahora? ..

CONS. Pos blanco y migao...

ABUELO ¡Ah, granuja! ¿Te quiés yevá la fló más fina de la casa?

BERN. Abuelo, la flor aquí se queda; pero es mía.

ABUELO Y yo me alegro.

BERN. Y yo me voy, que son las tantas y es preciso dormir.

CONS. ¿Dormí esta noche?...

BERN. Para soñar contigo...

CONS. Si es pa eso...

ABUELO ¿Pos pa qué ha e sé, so tonta? Ví á dí serrando aquí.

BERN. Aguarde usted, no me coja dentro.

CONS. ¿Te vas?

BERN. Me voy, pero te llevo conmigo.

CONS. Y tú aquí te queas.

BERN. ¿Me querrás siempre, dí?

CONS. Cuando este güerto deje de dá flores, dejaré de quererte. ¿Y tú?

BERN. Lo que para tí son las flores de este huerto, serás tú para mí. Hasta mañana, Consuelo.

CONS. Bernardo, hasta mañana.

BERN. Abuelo, descansar.

ABUELO Anda con Dios, mosquita muerta...

BERN. Cierre usted en cuanto salga, porque si no me cuelo otra vez. (Los tres se ríen. Bernardo se va.)

ESCENA ÚLTIMA

CONSUELO y el ABUELO

CONS. Agüelo, deme usté á mí otro abraso; yo no sé si echarme á reí ó si echarme á yorá... ¡Ay, qué contenta estoy!

ABUELO Er mosito vale er dinero, ¡pero güena alhaja se yeva! No es por alabarte.

CONS. ¿Oye usté?

ABUELO ¿Qué pasa?

CONS. Luisiya yorando...

ABUELO Pos corre á consolarla, no nos dé música.

CONS. Ayá voy. ¡Pobresitos míos, que ya tienen padre también! (Entrase en la casa corriendo.)

ABUELO (Después de cerrar el portalón.) Toas no habían de sé esgrasias y esaborisiones... Dios ha querío que lo mejó der güerto no se lo yeve una mala mano... Y ahora, á sortá er *Lusero*... y güenas noches. (Desaparece por la derecha del fon-

do. Queda la escena sola. Oyese á Consuelo, como antes, cantar la nana, mientras baja muy lentamente el telón.)

CONS. *A dormí va la rosa*
de los rosales;
á dormí va mi niña
porque ya es tarde.
Porque ya es tarde,
á dormí va la rosa
de los rosales.

—

Nanita, nana,
duérmete, luserito
de la mañana.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto 1901.

Nana.

Lento.

A dor-mi va la ro-sa de los ro-
-sa-les á dor-mi va mi mi-ña
por que ya es tar-de por que ya es
tar-de por que ya es
tar-de á dor-mi va la
ro-sa de los ro-sa-les
Na-ni-ta na-na
na-ni-ta na-na duer-me-te hi-se-
-ri-to de la ma
-ña na

A propósito de "Las Flores" (*)

Como no soy de los que al envejecer se aferran á la idea de que «cualquiera tiempo pasado fué mejor», lo cual si puede ser verdad para el individuo es mentira para la humanidad, me complazco viendo que tenemos hoy en España una brillante juventud literaria. Acaso falte homogeneidad á sus gustos, unidad de miras á sus tendencias; quizá no esté todo lo compacta que es preciso para luchar contra lo que debe ser reformado ó destruído; pero son muchos los jóvenes de gran cultura, de criterio independiente, de espíritu moderno y que escriben muy bien: por ejemplo, Martínez Ruiz, Maeztu, Baroja, Marquina, Bueno, Menéndez Pidal, Martínez Sierra, Palomero, Acebal, Carretero, Danvila, Bello y otros de que mi flaca memoria no se acuerda y para quienes el olvido no es ofensa; sin contar los de provincias que son muchos. Este elemento joven está representado en el teatro principalmente por Benavente y los Quintero, los cuales, aunque no alardeen de innovadores y revolucionarios, demuestran inspirarse en un sentido artístico que difiere notablemente del que hasta ahora ha dominado entre nosotros.

Casi toda nuestra tradición dramática está fundada en la acción, en el interés de lo que pasa en la escena, no en cómo y por qué suceden las cosas, ni en la índole de quién es actor de ellas, sino en los hechos mismos. De aquí nacen errores literarios de orientación y proce-

(*) Publicado en *Los Lunes de El Imparcial* del día 9 de Diciembre de 1901, y reproducido aquí por considerarlo muy oportuno y en extremo honroso para ellos los autores de esta comedia.

dimiento que como por herencia se trasmiten; de aquí el desordenado amor de autores y público á lo violento, anormal y extraordinario; de aquí que todavía se toleren y aplaudan esperpentos como *La muerte civil* y *La Tosca*. Benavente y los Quintero en la comedia, terreno para esto más favorable que el drama, procuran y consiguen deleitar; no despertando aquel interés impaciente y nervioso, incapaz de razonar lo que ve, sino con la verdad misma reflejada por cada cual según su temperamento artístico: Benavente con la ironía, el sarcasmo y la sátira; los Quintero con la poesía, el ingenio y la gracia; los tres supeditando, esclavizando la fantasía y la inventiva á la expresión sintética de los caracteres, al retrato de los tipos, á la pintura de las costumbres y del medio; haciendo, en una palabra, que la loca de la casa no malgaste en delirios la potencia que ha menester para descubrir los elementos artísticos de que está llena la vida y que solo mediante la observación se aprovechan. Por dejar á la imaginación este papel secundario, se dice que lo que sucede en las obras de estos autores es poco ó casi nada; que allí no hay comedia: pero recordemos que también se llama comedia á lo que no es sincero, á lo que mañosamente se urde, á lo que fingidamente se maquina. Huyendo el exceso de artificio, lo que buscan Benavente y los Quintero es la estructura sencilla, los hechos explicados por los sentimientos, la educacion, el medio y las costumbres; ni más ni menos encanto poético del que ofrece y brinda la existencia; porque mermarlo es pesimismo malsano y pretender aumentarlo empeño inútil. Esquivan cuidadosamente eso que se llama el conflicto dramático, el enredo, la intriga, la situación culminante, el efecto escénico, los caracteres sostenidos (¡cuando en la realidad son tan complejos!); en suma, los elementos de sorpresa ó engaño y estímulos de la curiosidad que, á despecho de la verosimilitud, alcanzan su mayor grado de funesta perfección en Sardou. Combatir aquella tendencia á lo sencillo y natural, que se muestra en *La comida de las fieras*, *Lo cursi*, *Los Galeotes* y *Las flores*, es favorecer el predominio de la dramática vieja, que nada tiene que ver con lo genuinamente clásico ni con lo romántico, dignos de respeto, y en la cual está condenada á insufrible martirio la verdad. Rechazar comedias porque en ellas lo que sucede sabe á poco, aunque

esté bien, es contribuir á resucitar géneros que habrán producido ríos de oro, y volverán á producirlos, porque la credulidad humana es insaciable, pero que andan tan lejos del arte verdadero como las simplezas de Jorge Ohnet y las aventuras terroríficas de Ponson du Terraill lo están de las novelas de Balzac ó de Flaubert. No quiero, al citar censurando, traer á plaza nombres de autores españoles contemporáneos muertos ni vivos, para que no se me tache de irrespetuoso con los primeros ni de parcial contra los segundos; mas no huelga recordar que de cinco ó seis años á esta parte hemos asistido á las tentativas de resurrección de dramas y comedias pertenecientes al género aludido, que *alborotaron* en tiempo de nuestros padres y con los cuales ahora se duermen nuestros hijos. Al escucharlos sentimos pasar por la imaginación y la memoria una oleada de juventud y de recuerdos, pero nos persuadimos de que aquellos dramas y comedias han envejecido más que nosotros mismos: y en arte, lo que envejece no es bueno.

Confundiendo, en mi humilde juicio, el arte con el artificio, se dice que en *Las flores* no hay comedia, y que si la hay, es mala. Guardando respeto al parecer de los que así opinan, algunos amigos, á quienes considero y estimo, procuraré demostrar que hay comedia, y que es buena. Creo que para ello basta recordar á grandes rasgos el asunto, su desarrollo y sus formas de expresión. Ambiente, un huerto cuyos dueños, gente del pueblo, viven de la venta de ramos y plantas en Sevilla. (No creo que sea pecado literario colocar la acción en Andalucía, cuando hemos visto y aplaudido con justicia, *La Dolores*, en Aragón; *La charra*, en Castilla, y *Tierra baja* en Cataluña.) Personas, una madre viuda con cuatro hijas: Charito, niña dicharachera y bulliciosa, hábilmente creada ó escogida para que con su alegría formen contraste los afectos más serios que embargan el ánimo de sus hermanas. Angeles, tipo dibujado en pocas escenas, pero más concluído, de muchacha que sinceramente ha creído tener vocación de monja: basta, sin embargo, oir el entusiasmo con que habla de vestir al Niño Jesús para comprender que el amor ha de hacerla pronto madre. Rosa María, la mujer apasionada y sensual, confiada y ligera, á quien la hermosura es funesta, y que por ley fatal ha de perderse. Consue-

lo, reflexiva, bien equilibrada y tranquila; la que cuida como á hijos niños que no son suyos, porque instintivamente desea como centro y trono de su existencia el hogar; la que va rindiendo el albedrío lentamente, casi sin advertirlo, pero segura de que quien la solicita la merece. A estas tres mujeres, descartada la niña, corresponden otros tantos hombres; triple y varia representación del impulso, que es árbitro incontrastable de la vida: en ellos está personificado el amor, que como un efluvio misterioso, trayendo dulcedumbre á unos y á otros amargura, pasa sobre el huerto sevillano. Juan Antonio, el sacristán, que aunque tonto, sabe cautivar á la devota. Gabriel, el Tenorio de bajo vuelo, á quien en su desvarío se entrega Rosa María, porque la pasión, como Dios, ciega á los que quiere perder. Bernardo, bueno por naturaleza, entristecido pasajeramente por un dolor intenso, soñador entre sentimental y alegre, espíritu gemelo, media naranja de Consuelo, que se enamora sin darse cuenta.

¿Qué acción enlaza estos personajes? Primero la conveniente y necesaria para expresar su índole y su vida: escenas de trabajo, apartando flores ó recibiendo encargos, en las cuales surgen y se muestran los temperamentos y los caracteres; luego la estrictamente precisa para que anide la pasión en las almas y se enseñoree de ellas; diálogos de amor, unos breves, sobrios, entre cándidos y picarescos, como los de Juan Antonio con Angeles; otros vehementes y ardorosos como los de Rosa María y Gabriel; otros reposados y castos, como los de Bernardo y Consuelo. La madre, admirablemente trazada, es enérgica y vigorosa, larga de lengua y casi de manos, mientras defiende el recato de sus hijas puesto en duda; después, cuando Rosa María se ha deshonrado, se la ve cruzar callada y abatida por los senderos del huerto, porque la que era su orgullo ha necesitado su perdón. Son figuras episódicas Barrena, el marido sufrido que en una sola escena se pinta de cuerpo entero, y su mujer Juliana, la comadre de malas hijas y peor sangre, que goza llevando al huerto la noticia de que Rosa María se ha escapado. Secundarios y creados sólo para dar idea del medio son también los dos vendedores ambulantes, padre é hijo, gandules y dormilones, que entran en el primer acto á buscar biznaga. Refiriéndose á cómo están trazados, en sólo un

diálogo, decía la noche del estreno mi respetado amigo y maestro don Federico Balart: «Estos Quintero escriben como pintaba Velázquez, á pincelada grande: los dos tíos que tienen tan cerca la biznaga y por no ir á cogerla se exponen á volver de lejos á buscarla, son toda una raza: esa es Andalucía.» Finalmente, el pensamiento de la obra está puesto en labios del abuelo que por sus años asiste plácido y tranquilo, sin esperanza ni temor, sin gozo ni pena, á cuanto sucede en torno suyo: «las mujeres—dice—son flores: el porvenir de cada una depende del jardinero, del hombre que la toca en suerte.»

Con toda sinceridad declaro que una obra dramática donde tres parejas de enamorados, por distintos caminos, y según la diferente índole de atracción que los ha unido, llegan unas á la dicha, otras á la desgracia, no me parece comedia exenta de acción. Lo que no hay en *Las flores* es intriga ni enredo: allí no surge calumnia, sustitución de persona, cambio de nombre, *quid pro quo*, ni aventura; nada de eso que exagera ó falsea la representación de la vida ó la imita en lo violento, anormal y extraordinario. Y si lo que en *Las flores* sucede y el modo de suceder me parece más que bastante para que pueda ser calificada de preciosa comedia, aun es mayor á mis ojos su mérito en lo que se refiere á la forma. Las conversaciones son tan naturales, la gracia y ternura desplegadas tan propias de las bocas donde brotan, las interrupciones tan espontáneas y justificadas, que hay no momentos, sino largos espacios en que la ficción y el escenario desaparecen y se borran ofuscados y vencidos por el soberano resplandor de la verdad. En los diálogos de amor, ya tiroteos de piropos y respuestas peculiares de aquella gente, ya rumor apagado de palabras que tienen miedo á enfriarse desde el labio al oído, cuando la pasión quiere abrir brecha en el alma, los personajes hablan ese lenguaje á la vez poético y bajo, natural y afectado, lleno de delicadezas instintivas, sembrado de hipérboles risibles, pero no ridículas, en que palpita y estalla el genio de aquella región, donde hombres, mujeres, frutos y flores, todo, parece producto del ardor fecundo con que besa el sol á la tierra. No es, pues, extraño que allí un modesto tendero como Bernardo, sienta la poesía de una noche estrellada, y como reflejo de su estado de

ánimo y de lo que le rodea, sienta venir á sus labios cuatro versos de Fray Luis de León. Menos poética es aquí la Naturaleza, y aquí han salido Hartzenbusch de un taller de ebanista y García Gutiérrez de un cuartel.

Me he permitido hablar de esta obra porque está inspirada en el criterio dramático, en la escuela de naturalidad y sencillez de que soy partidario y que veo en peligro; era para mí deber de conciencia; pero tiene defensor que hará por ella lo que yo no sé ni puedo hacer: el tiempo.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.

Precio: DOS pesetas